

CUADERNOS DE HISTORIA 41

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS

UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 2014: 189 - 225



UN TEXTO INÉDITO DE RICARDO DONOSO: “LA BIBLIOTECA DE DON ANDRÉS BELLO”

*Barry L. Velleman**

RESUMEN: En este estudio inédito, el célebre historiador chileno Ricardo Donoso (1896-1985) proporciona una visión global de los intereses del gran humanista caraqueño Andrés Bello (1781-1865), en Caracas, Londres y Santiago, poniendo en contexto histórico y cultural algunas de las obras que Bello poseía en su enorme biblioteca personal. Donoso traza los vínculos personales e intelectuales entre Bello y los autores de numerosos libros importantes que formaban parte de su colección, entre ellos los emigrados españoles en Londres, Pedro de Angelis, George Ticknor y la “primera generación” de historiadores chilenos. El documento de Donoso aclara importantes aspectos de la amplitud y el alcance intelectuales de Bello, de la historiografía hispanoamericana y del desarrollo de la cultura chilena.

PALABRAS CLAVE: Andrés Bello, intelectuales siglo XIX, Ricardo Donoso

AN UNPUBLISHED TEXT OF DONOSO RICARDO: “THE LIBRARY OF DON ANDRÉS BELLO”

ABSTRACT: *In this unpublished study, the famous Chilean historian Ricardo Donoso (1896-1985) offers a global vision of the interests of the great Venezuelan humanist Andrés Bello (1781-1865), in Caracas, London, and Santiago, by placing in historical and cultural context many of the works in Bello’s vast personal library. Donoso traces the personal and intellectual connections between Bello and the authors of many important books which formed part of his collection, among them the Spanish émigrés in London, Pedro de Angelis, George Ticknor, and the “first generation” of Chilean historians. Donoso’s*

* Profesor Emérito, Marquette University. barryvelleman@verizon.net

study illuminates important aspects of Bello's intellectual breadth and scope, the historiography of Hispanic America, and the development of Chilean culture.

KEY WORDS: Ricardo Donoso; Andrés Bello; XIX century intellectuals.

Recibido: agosto 2014

Aceptado: octubre 2014

Presentación

Sigue el documento “La biblioteca de don Andrés Bello”, del ilustre historiador chileno Ricardo Donoso (1896-1985)¹. El manuscrito me fue enviado hacia 1990 por el doctor Pedro Grases (1909-2004), cuando yo preparaba mi estudio e inventario de la biblioteca de Bello, *Andrés Bello y sus Libros* (Caracas, La Casa de Bello, 1995), a base del *Catálogo y Tasación de las Obras que Fueron del sr. don Andrés Bello, las Cuales se Compraron, a Fines de 1867, por la Biblioteca Nacional* de Diego Barros Arana (1830-1907). El doctor Grases me informó que el trabajo del profesor Donoso iba a ser la introducción a una edición del *Catálogo*, publicada por La Casa de Bello. Esta edición nunca se realizó: hacia 1979 el proyecto se vio interrumpido por la serie de Congresos celebrados en Caracas para honrar el bicentenario del nacimiento de Bello (1981). Por consiguiente, es probable que Donoso escribiera el documento entre 1976 (fecha de la obra más tardía mencionada en su bibliografía) y 1979. En su estudio, Donoso proporciona una visión global del desarrollo de los intereses de Bello, en Caracas, Londres y Santiago, poniendo en contexto histórico y cultural algunas de las obras que poseía el gran humanista caraqueño. Además, Donoso traza los vínculos personales e intelectuales entre Bello y los autores de numerosos libros importantes que formaban parte de su selecta biblioteca, sugiriendo también unas áreas de investigación que me sirvieron de guía en mi estudio de 1995 sobre la biblioteca de Bello.

He modificado el texto solamente para corregir unos errores tipográficos, con la supresión de una enumeración de los capítulos de la *Colección de obras impresas y manuscritas que tratan principalmente del Río de la Plata* de Pedro de Angelis (1784-1859) y de una extensa nota bibliográfica que enumera obras sobre Pedro de Angelis y otras escritas o compiladas por el historiador portugués Jaime Cortesão (1884-1960). También me he tomado la libertad de añadir a las notas del profesor Donoso unos comentarios con documentación, los que son identificados con las iniciales de mi nombre:

¹ Sobre la vida y obra de Ricardo Donoso, vid. Cristián E. Guerrero Lira, “Ricardo Donoso Novoa y sus Contribuciones a la Historiografía Nacional”, *Revista de Estudios Históricos* 2:1, agosto de 2005, http://www.estudioshistoricos.uchile.cl/CDA/est_hist_simple/0,1474,SCID%253D15027%25261SID%253D540%2526PRT%253D15022,00.html; Carlos Ruiz-Tagle, “Ricardo Donoso, el Desconsagador”, *Anales del Instituto de Chile*, Santiago, 1988, pp. 41-47; Simon Collier, “Ricardo Donoso Novoa (1896-1985)”, *Hispanic American Historical Review* 66: 2, mayo de 1986, pp. 346-348; Peter J. Sehlinger, “Ricardo Donoso Historiador, Profesor y Archivista”, *Revista Chilena de Historia y Geografía* 153, 1985, pp. 27-42.

"B. V.". La bibliografía que sigue al texto es la original de Donoso; las referencias que he añadido van indicadas en las notas que aparecen en el documento.

Quisiera expresar mi agradecimiento y gratitud a los herederos de la familia Donoso por aprobar mi petición de permiso para publicar este importante texto, y a los profesores Cristián Guerrero Lira, Alejandra Araya e Iván Jaksic por su ayuda.

La Biblioteca de don Andrés Bello

Ricardo Donoso

El estudio de la biblioteca de don Andrés Bello nos ofrece el más apasionante interés para seguir la huella de su pensamiento, el camino que siguió en sus estudios y la extensión de la prodigiosa área de su cultura, que hizo de él el más eminente humanista de esta parte de América. Es verdad que le tocó vivir en una época de renovación de los estudios, desde las ciencias de la naturaleza hasta los monumentos literarios de la antigüedad clásica. Adquirida la biblioteca por el gobierno de Chile, a raíz de la muerte del maestro, se encargó la confección de su inventario a uno de sus discípulos, el señor don Diego Barros Arana, quien no sólo tenía el más grande afecto y admiración por la obra del sabio, sino que él mismo era un estudioso de la historia, de las lenguas clásicas, de la geografía y de la historia. Era además un bibliófilo apasionado. En las páginas que siguen se verá el interés y acuciosidad con que el señor Barros Arana registró cada libro de la valiosa librería, fecha de la impresión, nombre del editor, idioma en que estaba escrito y transcripción exacta de su título. La biblioteca inició su vida en Caracas, se incrementó con los más memorables monumentos de la inteligencia humana en Londres, y se amplió considerablemente en los treinta y cinco años de la residencia del sabio en Chile. Resulta así un elocuente testimonio de la vida intelectual de sus días y de la insaciable curiosidad del hombre de letras, del jurista y del hombre de ciencia.

I

Los biógrafos de Bello, y Amunátegui el primero de ellos, han puntualizado las circunstancias en que salió Bello de Caracas, integrando la misión diplomática de don Simón Bolívar y don Luis López Méndez. Es de suponer que todos [sic] tres se hallaban llenos de esperanzas de encontrar en el Gabinete británico el apoyo necesario para consolidar la situación que había surgido en Caracas, pero los ingleses jugaron la política con su habitual prudencia y circunspección, empeñados como se hallaban en derribar a Napoleón. Desde que se produjo en la Península la invasión de las tropas francesas y la crisis de la monarquía española, con la abdicación de Carlos IV y la prisión de Fernando VII, en el alma de muchos criollos que seguían con apasionamiento el desarrollo de los acontecimientos políticos, surgió la esperanza de encontrar el apoyo del Gabinete británico para la realización de sus anhelos.

Los biógrafos y comentaristas de la obra del humanista han gastado mucha tinta en rectificar la información proporcionada por Bello, en el sentido de que al ser recibidos por el marqués de Wellesley, encargado de las relaciones exteriores del imperio, Bolívar procedió como un mozo atolondrado, sin los más elementales conocimientos de las costumbres diplomáticas, y que habría entregado, junto con las credenciales que se le expidieron en

Caracas, el pliego de las instrucciones correspondientes. Episodio sin mayor trascendencia, pero perfectamente discutible².

No tenemos ningún testimonio importante sobre la impresión que causó a Bello el aspecto de la ciudad de Londres, su extensión, su grandeza, la riqueza impresionante de su comercio, la miseria del bajo pueblo y clases desamparadas, y el ambiente general, la libertad de opiniones, la tolerancia religiosa y la corrupción y relajación de las costumbres. Enfrascado en sus tareas burocráticas, a medida que los acontecimientos políticos de Caracas fueron tomando un carácter sombrío, volvió los ojos al campo intelectual y comenzó a contraer relaciones en él.

Bolívar había regresado a los pocos meses de su estada en Londres a su ciudad natal, quedando López Méndez a cargo de la misión diplomática; pero, a la caída de la Junta rebelde y la reconquista de Venezuela por las fuerzas realistas, surgió para el diplomático americano la situación más dramática.

Ambiente de Londres

Como han señalado los biógrafos del polígrafo, no era fácil por esos años a los criollos hispanoamericanos abandonar el nativo terruño. Bello escapó a la influencia que ejerció en su espíritu la grandeza de la capital del imperio británico, su riqueza, la diversidad de las costumbres. Pero aún más fuerte e intensa fue la que causó el ambiente espiritual y político, el respeto a las instituciones, la libertad de prensa, la tolerancia religiosa, el respeto a la ley y al sagrado del hogar.

Ese ambiente, que pronto habría de penetrar en el espíritu del viajero hispanoamericano, se intensificó al contacto con los intelectuales y hombres de letras que tuvo oportunidad de conocer, primero los hispanoamericanos y en seguida los emigrados españoles y los intelectuales ingleses.

Muchos testimonios podrían invocarse para comprobar la impresión que caus[aron] en su ánimo los rasgos característicos de las costumbres, entre los cuales no era el menos acentuado el de la relajación, manifiesta en las calles de la ciudad, por la invasión que hacían de ellas al anochecer las mujeres de vida airada. Pero, como una reacción contra los horrores de la revolución que había sacudido al continente, poco a poco se acentuaron los cambios que gravitarían en la vida británica. Se inició entonces la costumbre de disfrutar más activamente de la vida del campo y del paisaje. La vida apacible del campo penetró en la literatura y en el arte, y los pintores y editores explotaron con aguda inteligencia esas

² R. D.: Mendoza, Cristóbal, “Dos Rectificaciones a la *Vida de Bello* por Amunátegui”, *Las Primeras Misiones Diplomáticas de Venezuela*, Madrid, 1962. Edición de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, pp. 108-128. Se halla reproducida en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, número [131 (1963), 377-385. *Datos añadidos por B. V.*]. También se ocupa del asunto, insistiendo en el rango que ocupaba Bello en la misión, el señor Eduardo Plaza A., en la “Introducción al Derecho Internacional”, en la edición de las *Obras Completas* auspiciadas por el gobierno de Venezuela, impresas en la imprenta López de Buenos Aires, pero con pie de imprenta de Caracas, 1955.

nuevas inclinaciones de los espíritus. La palabra *pintoresco* entró en el lenguaje familiar y hasta se le otorgó carta de ciudadanía en la *Enciclopedia Británica*.

Bello estaba al tanto de las mutaciones políticas experimentadas por su patria por las comunicaciones del Secretario de Relaciones Exteriores (publicadas por Amunátegui), pero eran los acontecimientos del continente los que suscitaban su interés más apasionado. En el continente se iban a decidir, no sólo el futuro de los estados europeos, sino los que surgían más allá de los mares. El panorama era sombrío y la ansiedad con que seguía su curso el caballero americano no podía ser más angustiosa. Y esa angustia llegó a su extremo con las dramáticas noticias que venían del Nuevo Mundo: el terremoto que destruyó la ciudad de Caracas y la caída de la Primera República, con la cual se abrían para el viajero las puertas de la estrechez y la miseria.

Los años sombríos

Con corazón animoso encaró el viajero los azares de su destino, por cuanto quedaba aun sin extinguirse la antorcha de la libertad a orillas del Plata. Pero, antes de tentar ese recurso, se dirigió a la Junta de Regencia que ejercía el poder en ausencia del monarca, en un documento cauteloso, lleno de reservas y que ha sido publicado sólo en los últimos años, en el cual no hay una palabra perdida. Fechado en junio de 1813, es de una grande importancia, no sólo por su contenido, sino porque nos explica claramente la moderación con que el humanista se refirió siempre a España en aquellos dramáticos días.

Serenísimo señor:

Andrés Bello, natural de la ciudad de Caracas, y ahora residente en Londres, tiene el honor de representar a V. A. con el más profundo respeto: que cuando sobrevinieron en Caracas los desgraciados acontecimientos que han terminado en la ruina de aquel país, se hallaba el suplicante empleado en la Secretaría de aquel Gobierno y Capitanía General, donde había desempeñado los deberes anexos a su empleo a satisfacción de los Capitanes Generales Don Manuel de Guevara Vasconcelos, Don Juan de Casas y Don Vicente Emparan; que verificada la revolución en Caracas, continuó en la expresada Secretaría, que se incorporó entonces con la de la Junta Revolucionaria; y que habiendo esta determinado enviar una comisión a Londres, cerca del Gobierno de S. M. B., fue elegido el suplicante para servir de Secretario a las órdenes de los Diputados Don Simón de Bolívar y Don Luis López Méndez.

La conducta del suplicante durante esta época desgraciada no puede aparecer libre de toda culpa a los ojos de la severa justicia; varias consideraciones podrán con todo disculpar en alguna manera sus yerros.

El suplicante no tuvo parte alguna en los movimientos y tramas que precedieron a la Revolución; ninguna inteligencia con los promovedores de la primera Junta; ningún desliz, ni aún leve, mientras subsistió en Caracas el Gobierno legítimo.

Las circunstancias en que se estableció en Caracas la segunda Junta (en abril de 1810) eran tales que pudieron fácilmente extraviar la opinión aun de los más fieles. El triste estado en que se hallaba la Metrópoli, el sistema de moderación que parecía distinguir las primeras providencias de la Junta revolucionaria, y declarada adhesión al Soberano legítimo de España, si no presentan bastante razón para purificar de toda culpa la conducta de los que continuaron en sus empleos o admitieron nuevos, la prestan a lo menos para considerarla en gran parte como producida por un error del entendimiento.

El suplicante puede alegar también en su favor la notoria moderación de sus opiniones y conducta, que aun llegaron a hacerle mirar como desafecto a la causa de la Revolución; y cita en su abono el testimonio de cuantas personas le hayan conocido en Caracas, de las cuales no será difícil se encuentren muchas en Cádiz.

Por último que el suplicante hace presente a V. A. que no ha ejercido empleo ni comisión alguna bajo el Gobierno de Caracas desde la declaración de la Independencia.

El que representa confiando respetuosamente en la favorable impresión que las razones respetuosamente expuestas hayan en el ánimo benévolo de V. A.; y acogíendose al beneficio de la amnistía proclamada en Caracas, y sancionada plenamente por el Supremo Gobierno de España, tiene el honor de suplicar a V. A., se digne por un efecto de su Augusta Clemencia, declararle comprendido en la citada amnistía, y concederle su permiso para regresar a cualquiera parte de los dominios de S. M., o a la que V. A. tenga por conveniente; gracia que espera en Londres a 31 [*sic*] de junio de 1813.

Serenísimo Señor

*Andrés Bello*³

Es de suponer que Bello no se haría ilusión alguna de que su solicitud encontrara acogida favorable, su adhesión al nuevo orden de cosas que había surgido en Caracas había sido del todo conocida, y las informaciones del agente diplomático en Londres, sobre las gestiones en que se había empeñado caracterizaban del todo su filiación política.

La fisonomía que presentaban los asuntos políticos no era en manera alguna favorable a los rebeldes, y la marea reaccionaria se acentuaba cada día con ímpetu más riguroso. En ese cuadro sombrío no quedaba abierta otra esperanza que la marcha de los acontecimientos del Río de la Plata mostraran mejor cariz a los que habían abrazado la causa independiente y los heroicos esfuerzos que desarrollaba el gobierno de don Bernardino Rivadavia alentaron al desterrado de Caracas a volver los ojos a su promotor lejano.

Se ha conservado el texto de la nota que le dirigiera el Ministro de Rivadavia, don Gregorio Tagle, a Bello, de [15] de noviembre de 1815 en la que le expresaba haber enviado instrucciones a su agente en Londres, don Manuel de Sarratea, para proporcionarle los medios necesarios para trasladarse a esas provincias, donde encontraría la colocación adecuada a su preparación y a que lo hacían acreedor su conocido adhesión a la causa de la emancipación⁴.

Bello y Blanco White

Uno de los primeros amigos que tuvo Bello en la capital británica fue don José María Blanco White, que desde 1810 venía dando a los moldes las páginas de su periódico *El Español*, y cuya fisonomía espiritual ha sido tan persistentemente falseada por sus detractores, inspirados por el más cerrado fanatismo religioso. Como ha puntualizado con agudo talento

³ R. D.: Publicado por don Mario Briceño Iragorry, en su artículo citado. B. V: Vid. la bibliografía. El texto de la carta transcrita por Donoso difiere en varios aspectos de la versión publicada en Bello, *Obras Completas, XXV (Epistolario)*, Caracas, Fundación La Casa de Bello, 1984, pp. 55-57, cuyo texto hemos seguido.

⁴ R. D.: Publicada por Amunátegui, *Vida de Bello*, p. 135. B. V.: Vid. Bello, *Obras Completas*, XXV, p. 70.

el eminente profesor Llorens Castillo, en su notable libro sobre los emigrados españoles en Londres, no fue fácil el acercamiento de los españoles a los hispanoamericanos. Los prejuicios religiosos, la diversidad de costumbres y los hábitos tradicionales hicieron que los emigrados españoles miraran desde un principio a los hispanoamericanos con honda desconfianza. Sin embargo, la similitud de inclinaciones literarias unió a Blanco White con Bello con fuertes lazos de amistad.

Las primeras cartas de Bello a Blanco son de 15 de diciembre de 1814⁵ que nos abre algo el pensamiento del maestro sobre lo que por esos días pensaba de los emigrados liberales. Desde entonces mantuvieron estrechas relaciones de confraternidad literaria, que se vieron interrumpidas con el viaje del hombre de letras caraqueño a Chile.

El fanatismo religioso y la intolerancia han empujado a los detractores de Blanco White a pretender hundirlo en el silencio y a proclamar poco menos que su nombre estaba condenado al más injustificado olvido. La incompreensión más impresionante los ha llevado hasta negarle toda calidad literaria y llenar con injurias las tribulaciones por que pasó su alma atormentada por las dudas. Sin embargo, en los últimos años del presente siglo, algunos escritores peninsulares se han empeñado en reivindicar su nombre y trazar los perfiles de su personalidad intelectual y moral y trazar la reseña de su carrera de hombre de letras. En esa tarea se ha distinguido el eminente profesor Llorens Castillo, que primero en las páginas de su libro *Liberales y Románticos* (México, El Colegio de México, 1954) y en seguida en una *Antología de Obras en Español* (Barcelona, Editorial Labor, 1971) ha aportado un rico material para bosquejar su biografía, oscurecida por los prejuicios más arraigados.

Siglo y medio ha tenido que esperar el público hispanoparlante para ver vertidas a nuestro idioma sus *Cartas de España* (Madrid, Alianza Editorial, 1972), gracias a la diligencia del mismo Llorens Castillo, en las que se denuncia con vigor la tiranía que ejercía en los días de Blanco sobre los espíritus la Iglesia Católica, y entre las órdenes religiosas la Compañía de Jesús.

Entre cuantos han contribuido a perfilar la personalidad espiritual del escritor sevillano hay que incluir al señor Juan Goytisolo; en un nutrido volumen publicado con el título de *Obra Inglesa* (Barcelona, Seix Barral, 1974) ha reunido la parte más importante de su autobiografía, de sus [c]artas desde España y sus páginas literarias y de polémica religiosa, a las que agregó una introducción llena de colorido, coraje moral y exactitud crítica.

Como complemento de esta apostilla bibliográfica habría que incluir la traducción de su *Autobiografía*, publicada por el señor Antonio Garnica (Universidad de Sevilla, 1975) tan llena de sugerencias, y en la que puntualiza las incomodidades y problemas que se le plantearon con la publicación de *El Español* (Londres, 1810-1814), entre las que no fueron las de no menor entidad que las que le suscitaron sus propios compatriotas. En opinión de Blanco White los hispanoamericanos debían renunciar a sus ideas republicanas, y sostenía con energía la idea de que España y sus colonias constituían un mundo políticamente

⁵ R. D.: Publicadas por Fernández Larraín. B. V.: En su libro *Cartas a Bello en Londres (1810-1829)*, Fernández Larraín cita cartas escritas por Blanco White, no las escritas por Bello, incluyendo un trozo de una carta de la fecha mencionada (p. 96). Vid. también Bello, *Obras Completas*, XXV, pp. 63-64.

indisoluble. El coraje de que tuvo que armarse para sobreponerse a tantas dificultades, como se le atravesaban en el camino, encuentra elocuente testimonio en las páginas de la autobiografía.

La amistad de Blanco White ocupa un lugar muy importante en la vida de Bello: él le abrió las puertas de Holland House y le tendió una mano generosa en los días más sombríos de su residencia en Londres. A través de su amistad conoció a algunas personalidades de su mundo intelectual y entró en conocimiento con ese Mecenas de las letras y artes que fue Rudolph Ackermann. En sus cartas queda en evidencia que fue uno de los pocos a quienes abrió su corazón y exteriorizó sus dudas religiosas. A pesar de la distancia geográfica que los separaba, no se quebrantaron los vínculos de su amistad fraternal. Bello viajó a Chile en 1829 y entró en el torbellino de su vida política e intelectual y Blanco le mantuvo su apoyo espiritual hasta que se extinguió la llama de su vida. Hay en esta amistad entrañable algo vivamente impresionante, que la explica en forma elocuente: la sinceridad sin dobleces, la expresión de los pensamientos más íntimos... la exposición de las dudas religiosas más atormentadoras, el camino hacia las letras.

Desde su mirador londinense, Bello fue apasionado espectador de las trascendentales mutaciones que experimentaba el escenario político continental: la caída de Napoleón, la restauración de los Borbones y la vuelta de Fernando VII. La marea absolutista se hinchaba violentamente en todas las Cortes y Metternich llevó al Congreso un proyecto de unión de todas las policías (una especie de Interpol de nuestros días) para combatir a los constitucionalistas, a los sostenedores de ideas liberales y a reprimir con mano dura las ideas republicanas y los movimientos nacionalistas. Pero en Inglaterra la opinión pública resistió con vigor la idea de sofocar por las armas los movimientos nacionalistas. La marea reaccionaria no fue de larga duración y ya en el Ministerio Canning, desde 1822 a 1827, se introdujeron en la política británica cambios tan profundos que serían de las más trascendentales consecuencia[s]. Se reformaron las leyes penales, se acentuó la tendencia al libre cambio y, en materia de política exterior, se rechazó el propósito de participar en la empresa contra la revolución española y se reconocieron los gobiernos surgidos de las antiguas colonias españolas de América.

Desde esos días, particularmente desde el Ministerio conservador de Wellington, se cavó un abismo profundo en la política exterior de Inglaterra y Francia, orientada la de esta última en un sentido cada día más reaccionario, cuya expresión más elocuente encontramos en las restricciones puestas a la prensa, mediante el establecimiento de la censura previa, y las tentativas hechas para modificar el sufragio y poner el poder en manos de la gran propiedad agrícola, es decir, de la nobleza y de la corte, calculando con ello hundir a la burguesía y a la clase culta.

Bello había experimentado por aquellos días grandes dolores: había pedido a su mujer, Mary Ann Boyland, y a su hijo primogénito, Juan, dolores que no quebrantaron del todo su vigoroso espíritu. Había seguido fielmente el animoso consejo que le diera su amigo Blanco, en el sentido de resistir con pecho firme los golpes de la adversidad. En medio de tantas tribulaciones halló dulce consuelo en las tareas intelectuales, a las que se entregó con apasionamiento. ¿Se puede señalar alguna fecha a la iniciación de la verdadera carrera del hombre de letras? Todo intento en esta materia sería pueril, ya que no hay una línea definida que separe las tareas del diplomático, del escritor profesional y del estudioso de las letras y de la acción de las Cancillerías. Todas sus relaciones privadas inclinaban a Bello hacia el culto de las letras y del estudio de la antigüedad clásica, y de la búsqueda del camino que favoreciera

la independencia de las nuevas nacionalidades que habían surgido más allá de las fronteras continentales. En este momento, tan importante en la vida del escritor, tomaron consistencia sus relaciones con un hombre que no dejaría de gravitar en su futuro, el centroamericano Antonio José de Irisarri, que había llegado a Londres con una credencial que le otorgara el gobierno de don Bernardo O’Higgins, y con cuya colaboración había publicado en 1820 las páginas del *Censor Americano*. La Embajada de España ante la Corte británica seguía con ojo avizor la actividad que desarrollaban los emigrados liberales de la península, y los que habían arribado de las playas americanas con nombramientos diplomáticos, y no escapó a su vigilante curiosidad el mal que a los intereses políticos españoles pudiera causar ese periódico, de cuya aparición se apresuró a dar cuenta al gabinete de Madrid.

Desde ese momento Bello orientó su actividad hacia la defensa de los intereses políticos americanos, y con la vista puesta en ellos su acción intelectual tomó un rumbo bien definido. La influencia del ambiente intelectual dejó en su pensamiento una huella profunda, y en sus publicaciones de esa época se advierte fácilmente cuán hondo surco habían abierto en su pensamiento las dos grandes revistas británicas de su tiempo, la *Quarterly Review* y la *Revista de Edimburgo*. Punto central de su interés ocuparía, como en todas las ciencias de la época, el estudio de las ciencias de la naturaleza, la geografía, la descripción de las nuevas regiones que habían aparecido a la curiosidad de los científicos, la química, la física y finalmente las costumbres, y los descubrimientos industriales, con sus variadas aplicaciones al progreso de la actividad social.

Esta orientación está bien definida en las páginas de la *Biblioteca Americana*, miscelánea de literatura, artes y ciencias, que apareció en Londres en 1823, y en cuya redacción tomó una parte activa su compatriota Juan García del Río, nacido en Cartagena de Indias, y que recientemente había arribado a Londres con credenciales del general San Martín y con el encargo de contratar un empréstito para el gobierno peruano. Desde entonces ambos hombres de letras se encontraron fuertemente unidos por la unidad de propósitos políticos y comunidad de ideas literarias, y que los trabajos que encararon en la *Biblioteca Americana* no haría más que estrechar.

El ideal ideológico que inspiraba sus propósitos lo vemos claramente expuesto en lo que decía la *Revista Enciclopédica*, publicación bibliográfica que aparecía en París desde 1819, y en la que sus redactores decían: “Tiene por blanco la *Revista Enciclopédica* exponer con precisión y fidelidad, la marcha y los progresos sucesivos de los conocimientos humanos, en sus relaciones con el orden social y su perfección, que son los que constituyen la verdadera civilización”⁶. En sus páginas incorporó Bello su “Alocución a la poesía”, en la que los nombres de los próceres de la emancipación americana quedaron grabados con cincel inmortal, y los versos dedicados “A la agricultura de la zona tórrida”, que afianzaron desde luego su nombre de altísimo poeta.

Este periódico ocupa un lugar prominente, no sólo en la historia literaria hispanoamericana, sino... en el conjunto de la labor del maestro caraqueño. En sus páginas, destinadas al público ilustrado del Nuevo Mundo, aparecieron trabajos de valor duradero, entre los cuales debe señalarse el de del Río, sobre el estado en que se hallaba la instrucción pública

⁶ B. V.: *Biblioteca Americana* 2 (1823), 13. Traducción de *Revue Encyclopédique*, “Introduction”, 1 (1819).

en la América española, notable de exactitud y conocimiento de la materia. Los libros que estaban a nuestra disposición, escribía, no sólo eran pésimos, sino que estaban llenos de errores y patrañas; las lenguas vivas estaban relegadas al olvido, mientras que la lengua latina era la única que formaba la base de nuestros estudios y la única que nos podría abrir las puertas para obtener una mediana subsistencia. Un velo impenetrable nos encubría los idiomas extranjeros, agregaba, la química, la historia de la naturaleza y la de las asociaciones civiles, pudiendo decirse con verdad que los jóvenes se volvían más ignorantes y necios en sus aulas. Merecen escribirse en letras de oro, decía, los nombres de aquellos que con sus esfuerzos contribuyeron a la benéfica obra de extender y reformar nuestros estudios, pasando revista a los nombres de cuantos, desde México hasta Buenos Aires, allegaron sus esfuerzos por cultivar la inteligencia de la juventud y abatir el árbol corpulento de la superstición y las preocupaciones⁷.

A imitación de lo que hacían las revistas continentales, *El Repertorio Americano* prestó permanente atención a la actividad intelectual, dando cuenta de cuanto libro se publicaba y que podría despertar el interés entre sus lectores americanos. Entre esos libros los de viajes ocupaban un sitio destacadísimo, ya que se había despertado el interés de los geógrafos y los hombres de ciencia, desde Humboldt hasta los negociantes y mercaderes, por las tierras y las posibilidades económicas que se abrían en el Nuevo Mundo.

¿Desde cuándo podemos considerar a Bello como un escritor profesional? ¿Cómo se despertó en él la vocación intelectual? Fueron, naturalmente, variados y complejos los factores que contribuyeron a ello: el ambiente social y político, la influencia de sus amigos filósofos ingleses, Mill y Bentham, sus relaciones con los emigrados españoles, muy particularmente la de don José María Blanco White, su colaboración y el estímulo del editor Ackermann y sus estrechas relaciones con los escritores españoles e hispanoamericanos, Irisarri, Egaña, Mora, Blanco White, Salvá y cuantos colaboraron en los *Ocios de Españoles Emigrados*.

La índole de sus trabajos de esta época lo arrastró vigorosamente al estudio de las relaciones diplomáticas y particularmente a abrir las puertas de las relaciones comerciales con las Islas Británicas. Heroicos esfuerzos desplegaron los agentes diplomáticos de las nuevas naciones americanas (Colombia, Perú, México, Buenos Aires y Chile) para sacudir la frialdad británica, abrirle los ojos hacia las inmensas posibilidades que surgían en el territorio americano a las manufacturas británicas, despertar el interés de los comerciantes e inversionistas, y por fin convencer a los políticos de la conveniencia de tratar con benevolencia a los neutrales y abrir los puertos británicos a los buques de las nuevas nacionalidades en un mismo pie de igualdad jurídica.

Para llegar a esos fines no había otro camino que el de la prensa, y a ella acudieron españoles e hispanoamericanos bajo la protectora acción del animoso editor tudesco [Ackermann].

De cuantas empresas encaró Bello en Londres ninguna es más significativa que la publicación de *El Repertorio Americano*, que apareció en los años 1826 y 1827, y en cuyo prospecto bosquejó su autor con meridana claridad, su gran pensamiento. Después de destacar

⁷ B. V.: Estas citas y perífrasis provienen de García del Río, "Revista del Estado Anterior y Actual de la Instrucción Pública en la América antes Española", *El Repertorio Americano* 1 (1826), pp. 232-236, 239, 252.

el hecho de que el nuevo periódico no constituía más que la continuación de la *Biblioteca*, y expresar su gratitud a los libreros que apoyaban su iniciativa, los señores Bossange, Barthes y Lowell, en Londres y Bossange padre en París, manifestaba su propósito de orientarla en un sentido exclusivamente americano.

En una palabra... examinar bajo sus diversos aspectos cuáles son los medios de hacer progresar en el Nuevo Mundo las artes y las ciencias, y de completar su civilización; darle a conocer los inventos útiles para que adopte establecimientos nuevos, se perfeccione su industria, comercio y navegación, se le abran nuevos canales de comunicación y se le ensanchen y faciliten los que ya existen; hacer germinar la semilla fecunda de la libertad, destruyendo las preocupaciones vergonzosas con que se le alimentó desde la infancia; establecer sobre la base indestructible de la instrucción el culto de la moral; conservar los nombres y las acciones que figuran en nuestra historia, asignándoles un lugar en la memoria del tiempo; he aquí la tarea noble, pero vasta y difícil, que nos ha impuesto el amor de la patria⁸.

En plena madurez de su talento, armado de una cultura enciclopédica y con ánimo entero, encaró Bello una de las más fecundas iniciativas de su vida. En sus páginas dio acogida a sus versos más logrados, la “Silva a la agricultura de la zona tórrida” y la “Alocución a la poesía” y los versos de Olmedo en su “Canto a Junín”⁹. Prestó Bello en las páginas de su periódico preferente atención a los libros de geografía, especialmente a los viajes sobre América. La colaboración de García del Río fue particularmente importante, mereciendo destacarse como un verdadero hito el trabajo que consagró a la enseñanza pública en la América española durante la dominación española y el estado en que se hallaba en el momento en que escribía.

Entre los colaboradores con que contó el polígrafo figuró Vicente Salvá, editor y librero, con quien anudaría duradera amistad, reforzada a lo largo de los años por la comunidad de trabajos literarios y gramaticales. Salvá había establecido su negocio de libros en el centro de la ciudad y mantuvo estrechas relaciones con sus compatriotas emigrados, pero no logró establecerlas con el agresivo Puigblanch, que siempre aludió a su personalidad en los términos más despectivos¹⁰.

⁸ B. V.: *El Repertorio Americano* 1 (1826), 4-5. Hemos seguido el texto original del “Prospecto”, que difiere ligeramente de la cita de Donoso.

⁹ B. V.: La “Alocución a la poesía” apareció en la *Biblioteca Americana*; los otros escritos mencionados, en *El Repertorio Americano*.

¹⁰ R. D.: Don Miguel Luis Amunátegui, en su biografía de Bello, que nunca se citará sin las más calurosas palabras de elogio, ha dedicado algunas páginas (188-198) a la *Biblioteca Americana*, transcribiendo los títulos de los trabajos del maestro que aparecen en ella. Felizmente, por iniciativa del ilustre ex-Presidente de la República [de Venezuela] don Rafael Caldera, disponemos hoy de una reproducción facsimilar del periódico, que fue dada a los moldes en Caracas en 1972, con un prólogo de [Pedro] Grases. Todos los biógrafos de Bello y de García del Río han dedicado a él prolija atención, señalando con especial atención la influencia que en su publicación ejerció el ambiente político y científico de Inglaterra. Pero ha sido el distinguido profesor [argentino] señor Guillermo L. Guitarte quien ha consagrado los estudios más detenidos al origen y proyecciones que tuvo ese periódico, en varios artículos, uno de los cuales fue publicado por el Colegio de México, que contiene noticias muy valiosas para la historia literaria. B. V.: Aquí Donoso se refiere posiblemente a estos artículos de Guitarte: “Juan García del Río y su *Biblioteca Columbiana*, Lima, 1821; Sobre los orígenes de la

**“Esta Ciudad, por Tantos Títulos Odiosa para mí, y por Otros Tantos,
Digna de mi Amor”¹¹**

Los biógrafos de Bello han puntualizado, con exactitud, el estado de ánimo con que Bello abandonó la capital del imperio británico en febrero de 1829, para dirigirse a Valparaíso, en la costa del Pacífico de la República de Chile: más de tres lustros había residido en ella, en medio de alegrías e intensos dolores. Allí había formado su hogar y anudado las más firmes amistades entre los hombres de letras, los filósofos Mill y Bentham, los diplomáticos chilenos Irisarri y Egaña, los hispanoamericanos Olmedo y Sarratea, y los emigrados españoles que trabajaban en la editorial del tudesco Ackermann, Mora, Salvá, Puigblanch, Blanco White, Villanueva; pero, lo más significativo de todo, allí se había abierto su espíritu a la curiosidad intelectual y a la vida del espíritu, en medio de las borrascas políticas de los tiempos. ¿Cómo olvidar el ambiente propicio del Museo Británico, donde se hallaban las fuentes de sus estudios? En él, junto a sus anaqueles, se despertó su ávida curiosidad por el estudio de los antiguos monumentos de la literatura española, de los tratadistas del derecho de gentes, de los clásicos de Grecia y Roma, y de los autores que penetraban vigorosamente en las nuevas corrientes literarias del siglo¹².

Al estudiar el catálogo de la biblioteca del maestro se plantean varios problemas difíciles de resolver a la vista de los documentos de que disponemos. El primero de ellos, relacionado con la pregunta de si Bello llevó libros a Londres; el segundo, sobre si el grueso de su librería fue adquirido en la capital británica, y finalmente si llevó consigo sus libros a Chile. El primer interrogante es difícil de resolver, mientras que los dos siguientes deben absolverse afirmativamente¹³. Es evidente que, contagiado por el ambiente dentro del cual se movía, y siguiendo los consejos de sus amigos los hombres de letras españoles e hispanoamericanos, particularmente de Salvá, dedicó parte considerable de sus recursos al incremento de su librería, no sólo en materia de las obras de los escritores ingleses, de los tratadistas de derecho e historiadores de las letras clásicas, sino de cuanto libro veía la luz pública sobre materias que ya le preocupaban intensamente. Bien convencido de la

Biblioteca Americana (1823) y *El Repertorio Americano* (1826-1827) de Londres”, *Nueva Revista de Filología Hispánica* 18 (1965-1966), pp. 87-149; “Identificación de autores de la *Biblioteca Americana* y *El Repertorio Americano*”, *Aquila* 1 (1969), pp. 64-74).

¹¹ B. V.: Esta cita proviene de la carta que Bello le escribió a José Fernández Madrid, fechada en 13 de febrero de 1829, al prepararse para su viaje a Chile. Vid. *Obras Completas*, XXV, pp. 408-409.

¹² B. V.: De importancia también para Bello era la biblioteca particular de Francisco de Miranda, en cuya residencia vivió Bello a partir de octubre de 1810, hasta 1813 más o menos. Esa colección de unos seis mil volúmenes era especialmente fuerte en los campos de la literatura medieval y el derecho. El 3 de octubre de 1810 escribió Bello de Miranda: “¡Con qué oficiosidad le hemos visto dispuesto a servirnos con sus luces, con sus libros, con sus facultades, con sus conexiones!”, citado en Pedro Grases, “Los estudios de Bello en Londres sobre literatura medieval” en *Bello y Londres: Segundo Congreso del Bicentenario*, Caracas, Fundación La Casa de Bello, 1981, II, p. 43, nota 3. Vid. también Velleman, *Andrés Bello y sus Libros*, Caracas, La Casa de Bello, 1995, pp. 24-25, 33-39; Grases (Comp.), *Los Libros de Miranda*, Caracas, La Casa de Bello, 1979.

¹³ B. V.: Un análisis de 1.257 obras de la biblioteca de Bello revela que 637 de ellas (el 51% del total) se publicaron entre 1830 y 1865, es decir, durante el período chileno de Bello. Esto significa que el maestro adquirió por lo menos ese número durante dicho período. Vid. Barry Velleman, *Andrés Bello y sus Libros*, pp. 31-32; también la nota 56, a continuación.

pobre dotación de libros modernos en las bibliotecas en los antiguos dominios españoles, comprendió rápidamente la necesidad de armarse de las herramientas que le serían de preciosa utilidad en sus trabajos futuros, que ya bullían en su mente fecunda. A través de la correspondencia de su amigo el agente diplomático de Chile en Londres, Egaña, con su padre, el jurista don Juan, vemos con claridad cuánto impresionó a este la pobreza de las librerías de las capitales hispanoamericanas y cuán lejos habían vivido los criollos del movimiento intelectual de la Europa de sus días. El mismo Egaña reconoce que Bello fue el mejor consejero que tuvo en la selección de su nutrida biblioteca, cuyo catálogo corre impreso, y cuán útiles le fueron sus consejos para la adquisición de los libros que trajo a Chile. El pacato Egaña se lamentaba de la ignorancia en que habían vivido, desconociendo los más logrados frutos de los ingenios de la época, aun cuando no habían faltado los medios para informarse a través de las revistas bibliográficas, la *Revue Encyclopédique* y la revista bibliográfica publicada por los padres jesuitas en Trevoux.

Los biógrafos de Bello han puntualizado los motivos que contribuyeron a separar espiritualmente a Bolívar del escritor caraqueño: mientras Olmedo no vaciló en tejerle la más fresca corona de laurel a sus triunfos militares, Bello se resistió a empapar su pluma en el elogio. Su consuelo estuvo en el estudio de los monumentos de la Edad Media española y de los tratadistas de derecho de gentes de los últimos dos siglos. En sus trabajos en las legaciones de Colombia y Chile Bello comprendió cuán ancho era el camino que se abría a las nuevas nacionalidades que surgían en el Nuevo Mundo y cuántos problemas se suscitarían en sus relaciones con las grandes naciones del continente. La nueva dirección impresa por el Ministro Canning a sus relaciones con el Nuevo Mundo hicieron comprender al hombre de letras de la necesidad de estudiar las nuevas normas que surgían para reglamentar el tráfico comercial y asegurar los derechos de los neutrales, en un mundo cambiante en el cual las relaciones comerciales ocupaban el primer plano de la importancia.

A este respecto tenemos un testimonio muy valioso, que en mi opinión no ha sido suficientemente valorado: el del ex-agente diplomático de Chile en Londres, el laborioso escritor don Antonio José de Irisarri, en la carta que suscribió en Bogotá el 8 de julio de 1846, y que el editor de la edición de los *Principios de Derecho Internacional* dio a los moldes en Caracas en ese año. Este editor fue don José María de Rojas, vinculado a la historia intelectual de Venezuela por títulos muy honrosos¹⁴.

La primera obra que publicó Bello a su llegada a Santiago de Chile fue sus *Principios de Derecho de Gentes*, 1832, fruto de sus largos estudios durante su residencia en Londres. Escribía Irisarri:

Ciertamente el señor Bello no ha compuesto su libro en poco tiempo. Hace treinta años que yo le conozco estudiando los Principios de Derecho Internacional, y él fue el primero de quien tuve las pruebas de las deficiencias del *Derecho de Gentes* de Vattel en todas las cuestiones que interesaban a la causa de la emancipación de la América Española, y fue

¹⁴ R. D.: Las numerosas ediciones que ha tenido esa obra, que desde entonces corrió con fortuna por el mundo hispanoamericano, en número de 18, la[s] da el señor Eduardo Plaza en la “Introducción” de la edición de la Comisión Editora de las *Obras* de Bello, Caracas, 1955, pp. 66-68. B. V., El “Prólogo” de Eduardo Plaza A. se encuentra en Bello, *Obras Completas*, X, pp. xi-clxvi.

él quien me hizo conocer la necesidad de estudiar a los escritores más modernos. Desde entonces este sabio y patriota americano se ocupaba en el estudio, cuyo fruto tenemos a la vista y desde entonces se propuso darnos estos *Principios del Derecho Internacional* para que se hiciesen populares en estas Repúblicas, y sirviesen en la ventilación de nuestros negocios con las demás naciones¹⁵.

En la misma carta de Irisarri hacía una apreciación de la obra, y de la utilidad que estaba llamada a prestar en esos días de tantas mutaciones en el campo internacional. El señor Plaza, en el estudio recordado, apunta que inmediatamente después de publicado el texto del señor Bello fue adoptado para la cátedra de Legislación, como entonces se llamaba, del Instituto Nacional, y aun da la nómina de los primeros jóvenes que rindieron examen en conformidad al plan trazado en él.

Todos los autores que han estudiado con detención la obra de Bello, desde Irisarri hasta Plaza, han puntualizado las fuentes que utilizó Bello en un ramo de estudio que venía atrayendo la atención de los estadistas desde el siglo anterior (Plaza, págs. 90-97). En el catálogo de la biblioteca puede apreciarse el número considerable de obras dedicadas a la materia, y cómo Bello no ahorró esfuerzo alguno por procurarse las más autorizadas, desde el *Cuerpo Universal Diplomático del Derecho de Gentes*, por M. J. Dumont, publicada en Ámsterdam en 1726, que constituía la recopilación más completa de los tratados de alianza, de paz, de tregua, de neutralidad y de comercio suscritos hasta esa fecha, hasta los de más reciente aparición.

En opinión del que suscribe habría que descartar del todo las dos primeras conclusiones a que el señor Plaza llega en el estudio citado¹⁶.

Basta recorrer las páginas del inventario de la biblioteca para constatar cómo Bello disponía de las obras más importantes y las colecciones documentales más completas publicadas hasta entonces sobre el derecho de gentes, obras que naturalmente adquirió en el mercado de Londres, que en sus días era el más importante en el rubro del mercado internacional de libros, antiguos y modernos.

“El País [hasta ahora] me Gusta... Aunque lo Encuentro Algo Inferior a su Reputación”¹⁷

Bello llegó a Valparaíso, a bordo del bergantín *Grecian*, el 29 de junio de 1829, en los días que arreciaba la borrasca política en los espíritus, antes de que encontrara su desenlace en los campos de batalla. En la más alta magistratura de la nación estaba su amigo don Francisco A. Pinto, a quien había conocido en Londres. El escritor caraqueño había traído una carta de presentación para don Juan Egaña, de su hijo don Mariano, de modo que el

¹⁵ B. V.: En el “Prólogo” de Plaza hay mención de la carta de Irisarri en las pp. lxii-lxiii.

¹⁶ B. V.: Es probable que Donoso se refiera a las dos primeras conclusiones que da Plaza en la p. clxv de su “Prólogo”, según las cuales Bello escribió los *Principios* en Chile para un curso de “Derecho Natural y de Gentes”, no habiendo comenzado a escribir su obra en Londres, aunque en esa ciudad Bello “adquirió conocimientos teóricos y prácticos sobre muchos aspectos del Derecho Internacional”.

¹⁷ B. V.: Esta oración proviene de una carta de Bello a José Fernández Madrid (20 de agosto de 1829): vid. Bello, *Obras Completas*, XXVI (*Epistolario II*), pp. 6-7.

primero fue el que lo introdujo en los círculos políticos y sociales en los cuales se movía, ejerciendo poderosa influencia.

La primera impresión que dejó el paisaje urbano y la calidad de las gentes no fue mala. Pero, en el ambiente intelectual y político, la personalidad más influyente era la de Mora, compañero de Bello en las empresas periodísticas de Ackermann en Londres, pero con quien no había cultivado buenas relaciones, y que en Santiago se convertiría en su émulo tenaz. Desde la primera hora, Mora había ejercido una influencia de primer orden, luchando bravamente contra el fanatismo religioso imperante, con lo que se conquistó el apoyo y el aplauso de los liberales. Mora había llegado a Buenos Aires, acompañado de su esposa, a principios del año anterior (1828) y de allí se trasladó a Santiago. Había viajado junto con Angelis, quien ejercería tan profunda influencia en la vida intelectual y política en los sombríos días del período de don Juan Manuel de Rosas. "Mora es aquí ahora la niña bonita de los liberales", escribía un viajero venezolano a un compatriota. Efectivamente, había redactado la Constitución del año anterior, en la que se suprimieron los mayorazgos, lazo el más firme que afianzaba a la aristocracia colonial, con lo cual naturalmente se concitó el apasionado odio de esta. Había dado a los moldes un precioso periódico, *El Mercurio Chileno*, y, aún más, había redactado una ley de imprenta, en la que se introdujo la institución del jurado en el derecho público chileno.

En aquellos tiempos borrascosos, Bello comprendió fácilmente que no debía mezclarse en la lucha de los partidos y en esos días vivió allegado al círculo de los Egaña, padre e hijo. La querrela política terminó sangrientamente a principios del año siguiente (1830), en la jornada de Lircay, y desde entonces el viajero, a quien se había confiado un empleo en la administración, se encontró estrechamente relacionado con el partido vencedor, y con su caudillo, Portales.

Poco después (febrero 1831) se despejó para Bello el panorama intelectual: se le había confiado la redacción del periódico oficial *El Araucano* y su adversario Mora había sido violentamente expulsado del territorio chileno. Pero Mora, que tenía el genio vivo y la pluma siempre afilada, antes de ausentarse no dejó de lanzarles dardos envenenados a los que se habían trepado al poder, comenzando por Portales. En una letrilla, que pronto se hizo famosa, escribía:

El uno subió al poder
con la intriga y la maldad
y al otro sin saber cómo,
lo sentaron donde está.

Después de la polémica que había reñido con Mora, Bello comprendió que el camino que se le abría era el del culto de las letras, y el menos espinoso, el de las cuestiones filológicas y gramaticales, a las cuales había tomado tan fuerte inclinación desde sus días de residencia en Londres, y su contacto con los hombres de letras, Villanueva, Puigblanch, Gallardo, Blanco White y Salvá. El centro de la actividad intelectual, en esa modesta ciudad americana del Nuevo Mundo, estaba en el Instituto Nacional, colegio de segunda enseñanza fundado por los Padres de la Patria con el propósito de formar las nuevas generaciones en los ideales republicanos y repudiar el absolutismo político. Allí tendrían cátedras los más floridos ingenios y se formarían varias generaciones de jóvenes llamadas a influir poderosamente en el futuro. Entre sus catedráticos encontraría también Bello hombres que tenían sus mismas aficiones y orientaban sus estudios en el mismo sentido.

Por esos días, después de dar a los moldes sus *Principios de Derecho de Gentes* (1832), imprimió los *Principios de Ortología y Métrica de la Lengua Castellana* (1835) y tres años más tarde ayudaría a su hijo Francisco a publicar su *Gramática de la Lengua Latina*, utilizada como texto por los jóvenes del Instituto. A esta publicación siguió el *Análisis Ideológico de los Tiempos de la Conjugación Castellana*, y en 1843, el *Derecho Romano*, tomado de Heinecio, igualmente destinado a ser utilizado por los estudiantes del Instituto.

Basta recorrer las primeras páginas del inventario de la biblioteca para comprender cuán interiorizado se hallaba Bello en las obras maestras de su tiempo y con cuánto interés había leído a los maestros ingleses. Los primeros trabajos de los románticos españoles, Espronceda, Zorrilla, duque de Rivas, se hallaban en sus anaqueles, mientras las historias literarias de los antiguos y de los modernos tiempos constituían objetos de su predilección.

Bello había sido designado (1834) Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores, campo propicio a sus estudios y a sus labores oficiales, que incidía en cuanto había estudiado con predilección en los últimos lustros. Desde allí guió con sus consejos al titular de la cartera, Portales, que vuelto al Ministerio al año siguiente (1835) se encontró abocado al candente problema de las relaciones con el Perú y Bolivia, que afrontaban las ambiciones del general don Andrés Santa Cruz, empeñado en unirlos en una confederación. Portales vio en ella un grave peligro para el porvenir de su patria y desde que asumió el poder no ahorró esfuerzo alguno por derribarla. En su empeño encontró la ayuda de Irisarri y de Bello. El primero tuvo mala fortuna y se pasó al enemigo, mientras el valeroso ministro rindió la vida en la jornada, a manos de oscuros sicarios (6 de junio de 1837).

Aun cuando se conservan algunas piezas de cancillería, en que fue evidente la participación de Bello, los comentaristas e historiadores ponen en duda la adhesión del escritor caraqueño a los motivos que invocaba Chile para destruir la confederación Perú-boliviana. Estas afirmaciones entran ya en un terreno polémico, ajeno al propósito de estas páginas.

En ese agitado ambiente, complicado por las querellas internacionales, durante el cual no funcionó en tres años la tribuna parlamentaria, se abrían para el hombre de letras días tranquilos de expansión espiritual y labor fecunda. Fueron los años en que preparó su *Gramática Castellana*, cuyos estudios preliminares ya había realizado en Londres, para enfrascarse en seguida en la más grandiosa de sus empresas, el Código civil chileno, que le llevó tantos años de trabajo y de esfuerzo. El estudio de la antigua legislación española y de los tratadistas del derecho, franceses e ingleses, le había sido familiar desde sus días londinenses, que reforzó en Chile al constatar que desde antiguo se habían tomado iniciativas para reemplazar la antigua legislación española¹⁸.

¹⁸ R. D.: Este aspecto de la labor de Bello para orientar los trabajos que se venían desarrollando en Chile desde los días de la Independencia, en favor de la legislación civil, ha sido destacado por todos los comentaristas y biógrafos del maestro, desde Amunátegui Aldunate, Amunátegui Reyes hasta Lira Urquieta. Pero hay una monografía en la que se ha reunido el material histórico pertinente. Es la del señor Enrique Cood, *Antecedentes Legislativos y Trabajos Preparatorios del Código Civil de Chile* (Santiago, 1883).

Pedro de Angelis

Apenas afianzada la independencia política americana los gobiernos que surgieron de ella se manifestaron vivamente interesados en obtener la cooperación de destacados hombres de ciencia que serían dedicados a mejorar la calidad de los estudios o realizar trabajos de toda índole, especialmente los destinados a conocer la calidad de los recursos naturales. Fue así cómo el gobierno de don Bernardino Rivadavia contrató los servicios de Mora y Pedro de Angelis, y el de Chile a don Andrés Bello, el mismo Mora, don Claudio Gay y más adelante al geógrafo Pissis.

Mora arribó a Buenos Aires primero y en seguida pasó a Chile, a principios de 1828, pero Angelis permaneció en Buenos Aires, dedicado a la enseñanza y a los trabajos periodísticos, que consideraba como su verdadera vocación. Había nacido en Nápoles en junio de 1784, de modo que al llegar a las orillas del Plata estaba en la flor de la edad, lleno de energías y de espíritu de iniciativa. Había hecho estudios superiores, pero al subir al poder don Juan Manuel de Rosas su principal actividad estuvo dedicada a los trabajos de la prensa, primero en el *Restaurador de las Leyes*, que publicó 87 números, hasta 1833, y después en el *Archivo Americano*, *Espíritu de la Prensa del Mundo*, que comenzó a publicarse en 1843 y se constituyó en el órgano oficial del gobierno de Rosas.

Pero la verdadera vocación de Angelis se orientó en el estudio del pasado colonial, en los viajes de descubrimiento y en la organización política de las antiguas colonias españolas de América. El archivo del gobierno estaba a su cuidado y en el estudio de sus manuscritos consumió muchas horas de paciente investigación. Tenía la pasión del bibliófilo y comenzó a reunir una colección de libros sobre la historia americana, de los que se podían adquirir en el mercado de Buenos Aires o aparecían en manos de los libreros del extranjero. De allí a poco Angelis se sintió inclinado a la publicación de una colección de documentos antiguos, relacionados con la historia del Río de la Plata. Fue la que se llamó *Colección de Obras y Documentos Relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata* de la que alcanzó a imprimir seis volúmenes, publicación que le dio gran reputación de historiador y bibliófilo y lo colocó de golpe en el primer plano entre los consejeros de don Juan de Rosas. Era la primera colección de esa índole que se publicaba en América¹⁹. Los volúmenes estaban primorosamente impresos, en papel de primera calidad y no dejaban de desear para el gusto del bibliófilo más refinado. Angelis los repartió profusamente en Europa y América, y desde su aparición dio a su autor gran reputación. Procuró hacer llegar ejemplares a Chile, por intermedio del comerciante de Santiago don Diego Antonio Barros, como consta de la siguiente carta.

Buenos Aires, 14 de setiembre de 1839

Señor don Diego A. Barros

Mi apreciado señor:

No puedo expresarle a Ud. toda mi sorpresa al recibir la favorecida del 10 de mayo próximo pasado, en que me previene que aún no habían llegado en poder de V. los cajones de mi obra. He escrito con esta misma fecha a don Manuel Tablas en Mendoza para que le avise cuándo piensa despacharlos. Yo no conozco a este señor, y si me valí

¹⁹ B. V.: Sigue una lista de los documentos incluidos en dicha *Colección*.

de él fue porque me dijeron que era su apoderado de V. en aquella ciudad. Su descuido es inexplicable, y ha trastornado todos mis cálculos. La diferencia de un año en una empresa de esta clase es inmensa. Vuelvo sin embargo a expresarle toda mi gratitud por su bondad con que V. se prestó a mis deseos, y no dudo que a la llegada de la obra consiga yo lo que V. me hace esperar del Gobierno y de sus amigos.

He recibido una carta del señor Gay con los apuntes de lo que le hace falta. Yo le contesto por este mismo correo y me parece excusado repetirle lo que le diré directamente. He avisado también a don Sebastián Lezica de la causa que ha demorado la remesa de los ejemplares que le ha pedido, para que no lo extrañe. Este señor Tablas me ha puesto en descubierto con todos mis amigos.

Ruego a V. que no se aburra de estas incomodidades, y de disponer como guste de su atento servidor Q.B.S.M.

Pedro de Angelis

Un ejemplar de la obra se encuentra en la biblioteca de Bello²⁰, y es difícil determinar si ella llegó a su poder enviada directamente por Angelis, o a través de Barros Arana, que ya estaba en relaciones literarias con el erudito de Buenos Aires. El contenido de la *Colección* revelaba con claridad el interés que se había despertado en Angelis por estudiar las cuestiones de límites, y la importancia que a ellas atribuía, de modo que no es extraño que manifestara interés en ponerse en relación con el escritor venezolano, ya que la obra de este sobre derecho de gentes había llamado la atención del mundo docto americano hacia su personalidad. Pero Chile había tomado posesión del Estrecho de Magallanes mediante la expedición que organizó en 1843, que echó las bases del Fuerte Bulnes, y que constituye el punto de partida de la larga cuestión de límites planteada entre los gobiernos de Buenos Aires y Santiago, ya que ambos se consideraban con títulos a la posesión de aquel importante paso marítimo.

Al producirse el bloqueo de Buenos Aires por las fuerzas francesas en 1838, Bello escribió una carta a Angelis, reveladora de su pensamiento en la apreciación de esa cuestión internacional, y de los vínculos intelectuales que los unían.

Al plantearse la ocupación de Fuerte Bulnes, Rosas confió a Angelis la defensa de los títulos que podía ostentar la Argentina a la posesión de la parte austral del territorio americano. La memoria que redactó Angelis está fechada en enero de 1849, y se quedó sin imprimir hasta después de la caída de Rosas, ocurrida en febrero de 1852. Es sabido que al producirse la ocupación del Estrecho el gobierno de Buenos Aires, a través de su Ministerio de Relaciones Exteriores don Felipe Arana, protestó de ella, pero sólo en 1848, en una nota en la que se exhibían los títulos de la Confederación Argentina a la posesión del Estrecho, y las tierras y mares australes, con materiales históricos proporcionados por Angelis.

En su *Memoria Histórica*, Angelis, conecedor del archivo de Buenos Aires, hizo una extensa exposición de la política seguida por la corona en relación con la exploración de la costa patagónica y la represión de los indígenas en sus incursiones sobre el interior.

²⁰ B. V.: Bello poseía la edición de 1836. Velleman, *Andrés Bello y sus Libros*, Caracas, La Casa de Bello, 1995, p. 119.

Dividió Angelis su memoria en dos partes, un proemio y una segunda en la que hacía una exposición de los hechos. Escribía:

Fundaremos nuestros asertos, no en hipótesis o conjeturas, siempre vagas y disputables, aunque vestidas de formas brillantes, sino en datos auténticos, en declaraciones explícitas del poder que por más de tres siglos estuvo en posesión tranquila de estos vastos y valiosos dominios, y para no multiplicar inútilmente las pruebas, escogeremos entre las infinitas que podríamos alegar, las más irrefragables y convincentes. Lo único que nos permitiremos agregarles, será el recuerdo de los inmensos sacrificios hechos por los Gobiernos de Buenos Aires, antes y después de la dominación española, para llenar los deberes anexos al carácter de dueño absoluto y perpetuo de esos parajes²¹.

En la primera parte comenzaba haciendo una exposición de los derechos de España, como descubridor y poblador, a la posesión de la Patagonia, Estrecho de Magallanes y tierras australes. Se internaba en seguida en la historia de España, desde Carlos V hasta la terminación del reinado de la Casa de Austria, puntualizando el papel que había desempeñado en la política europea. Aludía a la expedición de Pedro Sarmiento de Gamboa al Estrecho y decía que el fracaso de esta había hecho abandonar las expediciones marítimas para encarar la ocupación del territorio de la Patagonia por la vía terrestre, mediante expediciones organizadas en Buenos Aires. Escribía:

La falta de un plan combinado, la ignorancia del terreno, la exigüidad de los recursos de que podían disponer separadamente los Gobernadores de las provincias, siempre agitadas por sus convulsiones intestinas, suspendieron por algún tiempo estas empresas, que sólo recordamos como un testimonio anticipado de los extensos límites de la jurisdicción de los Gobernadores del Río de la Plata²².

En opinión de las autoridades religiosas, el medio más adecuado para reducir a los pueblos aborígenes consistía en la fundación de misiones, a cargo de religiosos, tal como se había hecho en el Paraguay. Destacaba en seguida los esfuerzos de los Gobernadores de Buenos Aires por resistir la expansión de los portugueses, a través de sus fundaciones de la Colonia y Montevideo, centro de un contrabando activo y perjudicial a los intereses de la corona española. Hacía el elogio del P. Cardiel, que había explorado y descrito el territorio que había recorrido, y del P. Falkner, el autor del primer mapa de la Patagonia, y prolijo estudioso de su territorio, y sus características, así como de las costumbres de los aborígenes que lo habitaban. Fracasados los intentos de evangelización, se volvió a la política de la construcción de los fuertes de campaña, dotados de pequeñas guarniciones, destinados a sostener los establecimientos fundados por los españoles.

Se ocupaba en seguida de los temores que surgieron en la corte de Madrid, y que eran transmitidos a las autoridades de Buenos Aires, sobre la posibilidad de que los ingleses hubieran hecho alguna fundación o establecido una cabeza de puente, como hoy se dice, en la Tierra del Fuego, e Islas de los Estados, con miras a iniciar la colonización de esa parte

²¹ B. V.: *Memoria Histórica Sobre los Derechos de Soberanía y Dominio de la Confederación Argentina*, Buenos Aires, 1852, p. 4.

²² B. V.: *Memoria Histórica*, p. 12.

del territorio americano. Fracasados estos propósitos, se reconoció la necesidad de poner en estado de defensa la extensa costa patagónica, estableciendo en ella poblaciones. Insistía Angelis en las dificultades que provocó el reconocimiento de la costa de la Patagonia, y la fundación de poblaciones, por la incuria y rivalidades de las autoridades que intervinieron en él, a pesar de lo cual desde 1779 fue explorada y sondeada la costa desde el Río Colorado hasta la bahía San Matías o Sin Fondo.

Utilizando los documentos publicados en su propia *Colección*, se refería a las expediciones de los pilotos Villarino y Viedma a la costa patagónica, para llegar a la conclusión de que habían constituido verdaderos actos de posesión. Buen conocedor de la historia colonial, y de su documentación, Angelis pasaba revista a la suerte corrida por los establecimientos fundados en la costa patagónica, en obediencia a las órdenes provenientes de la Corte de Madrid. Insistía en el cambio que se había producido en la política colonizadora, bajo la influencia del pensamiento del Ministro Gálvez, que veía con alarma los progresos hechos por los ingleses en esta parte de América. A la política pacifista siguió una guerrera, convencidos como se hallaban los españoles de que no había otro medio de reducir a los pueblos aborígenes pobladores que por medio de la fuerza. De aquí provinieron las órdenes dadas a los virreyes de Buenos Aires en el sentido de proceder en esa forma. Los más tenaces en persistir en su actitud de rebeldía fueron los pehuenches, contra los cuales se organizó en Mendoza una expedición considerable.

No quedó subsistente en la costa patagónica más que el fuerte del Carmen, a orillas del Río Negro, que finalmente también fue abandonado. Recordaba el autor los esfuerzos desplegados por el general San Martín para obtener la cooperación de los aborígenes, y la reunión que celebró con sus caciques en el fuerte de San Rafael. Pero a las luchas de la emancipación, y de la anarquía política que fue su consecuencia, atribuía Angelis el abandono en que cayó la política tendiente a ocupar la Patagonia.

En una segunda parte, Angelis sostenía que el Estrecho de Magallanes nunca había dejado de formar parte de la Confederación Argentina, y que al gobierno de Buenos Aires se comunicaban, ni a ningún otro, las órdenes que provenían de la Península. Creía que no por haber estado en la impotencia para ejercer actos de posesión, habían caducado sus derechos. Sostenía que el Estrecho de Magallanes por su posición geográfica era un punto indispensable de la seguridad de la Confederación Argentina. Reconocía que las potencias europeas habían asumido un papel agresivo en todas partes y que la América no estaba lejos de sufrir sus consecuencias. Escribía:

El título común de soberanía sobre las distintas partes del continente americano que ocupan, emanan del que les ha transmitido el gobierno español, título eminente que ha resistido por tantos siglos a la ambición de los grandes poderes del mundo, aun en el estado de desamparo en que yacía esta gran parte de sus costas. La conservación de este derecho debe ser el objeto constante de sus conatos, porque se atacarían a sí mismos si atacasen a sus hermanos... Lo que los ampara [a los derechos] no es la población que es diminuta, o nada en la mayor parte de ellos, sino el carácter de descubridor, de primer ocupante, de poseedor tranquilo en esos parajes, que son precisamente los títulos que reúne, reivindica e invoca el Gobierno Argentino sobre toda la parte austral del continente

americano, en la región Patagónica, Estrecho de Magallanes, Tierras del Fuego y de los Estados, hasta el Cabo de Hornos²³.

Escrito con moderación, el trabajo de Angelis revelaba un buen conocimiento de los archivos de Buenos Aires, pero ofrecía muchos puntos débiles que no dejaría de aprovechar su contradictor, Amunátegui. No se decía nada del territorio ocupado por los aborígenes, ni de la frontera que corría desde Mendoza hasta Buenos Aires. No se aludía para nada [a] las capitulaciones con los conquistadores de Chile, y [a] los límites que se habían señalado a las primeras gobernaciones establecidas en esta parte de América.

Apenas conocido en Santiago el trabajo de Angelis, que después de la caída de Rosas estaba en el mayor desamparo, y víctima del odio general de la opinión ilustrada, el Ministro del Interior y Relaciones Exteriores, Varas, llamó a don Miguel Luis Amunátegui para que lo refutara. Amunátegui era un joven de 24 años que apenas si iniciaba su carrera literaria, pero gozaba de prestigio desde que se había incorporado a temprana edad como profesor del Instituto Nacional. Lo sorprendente es que se encomendara esta tarea a Amunátegui y no a Bello, pero es indudable que pesó en el ánimo de Varas la circunstancia de ser Amunátegui de nacionalidad chilena y de vivir en la intimidad del maestro, que sería su consejero. De allí a poco apareció el trabajo de Amunátegui, *Títulos de la República de Chile a la Soberanía y Dominio de la Extremidad Austral del Continente Americano*, refutación de la *Memoria Histórica* que en 1852 ha publicado en Buenos Aires don Pedro Angelis con el objeto de sostener la soberanía y dominio de la República Argentina sobre el mismo territorio.

Reconocía Amunátegui que Angelis gozaba de una alta reputación como erudito y bibliófilo. Desde el capítulo segundo iniciaba su exposición histórica, recordando los títulos que se habían otorgado a don Pedro de Valdivia y el nombramiento de Jerónimo de Alderete para Gobernador de Chile, con los límites señalados a sus gobernaciones. Discutía en seguida la cuestión del límite austral de la provincia de Mendoza y para reforzar sus argumentaciones citaba el mapa de Cano y Olmedilla, de 1775, en que estaba señalado. Aludía en seguida a los actos de posesión ejercidos en el territorio disputado por los gobernadores de Chile durante la época colonial, desde don García Hurtado de Mendoza hasta los gobernadores del siglo XVIII. Reconocía Amunátegui que Angelis eludía cuestiones de fundamental importancia, y decía que un escrito de controversia que no se atrevía a examinar todos los hechos, podía ser una paradoja ingeniosa, pero no una obra seria. Se extendía a continuación sobre el carácter que tuvieron las misiones encomendadas a los religiosos de la Compañía de Jesús, a las que Angelis atribuía un valor de verdaderos actos de posesión, y terminaba con una baladronada digna de transcribirse:

Nuestra soberanía sobre ese territorio es, pues, indisputable, y pierda cuidado el señor Angelis, Chile, si en esta cuestión debiera oírse la voz del cañón con preferencia a la voz de la justicia, sabría hacer respetar por la fuerza una propiedad cuya posesión le garantiza la ley²⁴.

²³ B. V.: *Memoria Histórica*, pp. 53-54.

²⁴ B. V.: Miguel Luis Amunátegui, *Títulos de la República de Chile a la Soberanía y Dominio de la Extremidad Austral del Continente Americano*, Santiago, Julio Belín, 1853, p. 93.

Quince documentos de indisputable valor histórico reforzaban la exposición, clara, precisa y concluyente, que revelaba a las claras que los títulos históricos de Chile a la región o regiones disputadas eran tan sólidos e inamovibles como los que podía exhibir el país vecino. Los escritores chilenos de la época no desdeñaron cultivar relaciones literarias con Angelis. “En esa época estaba yo en correspondencia epistolar con don Pedro de Angelis, a quien pedía copia de ciertos documentos concernientes a la historia de Chile, que según sabía se hallaban en su poder”²⁵.

Después de Angelis, la primera figura literaria que existía en Buenos Aires era don Juan María Gutiérrez, que durante la mayor parte de la dictadura de Rosas había vivido en Chile, y con quien cultivaban relaciones los escritores chilenos. Escribía Gutiérrez a Barros Arana en carta de 12 de diciembre de 1854:

Le tomo la palabra sobre su vida del señor Bello, escrita por los Amunátegui. Bello, que pasa entre algunos por egoísta, ha prestado grandes servicios a Chile, y es uno de los literatos americanos que más merecen este prodigado título. Tiene un gran fondo de saber, gusto verdaderamente ático y encuentro el reflejo de su influjo de todo lo bueno que se descubre en los escritores jóvenes de Chile. Ud. sabe cuánto influye la buena semilla que se planta al principio.

A pesar de la odiosidad que había caído sobre la personalidad de Angelis, y que este había tratado de eludir viajando a Río de Janeiro y Montevideo, y ofreciendo sus servicios a sus gobiernos, no dejaba de ser respetado en los círculos intelectuales. Escribía Gutiérrez a Barros Arana:

Si don Pedro de Angelis estuviera en Buenos Aires le prestaría importantes servicios para completar la colección de manuscritos relativos a Chile y su historia, de los cuales debe haber buen repuesto en los archivos de Buenos Aires, que sólo él ha explorado. Ese hombre pudo ser muy útil si no se hubiera tratado de hacerlo instrumento político; perdió en escribir inutilidades en el *Archivo Americano* el tiempo que debiera haber consagrado a imprimir y continuar su *Colección de Documentos Relativos a la Historia Antigua y Moderna del Río de la Plata*²⁶.

A través de la correspondencia de Barros Arana con Gutiérrez, que se prolongó hasta 1859, fecha en que el último se ausentó a Europa, se ve claramente que la amistad mantenida entre esos dos hombres de letras era muy estrecha, constante y sincera. En opinión de Barros Arana, el trabajo de Amunátegui era una obra maestra de lógica y estilo. Barros Arana, que había comenzado como partidario del gobierno de don Manuel Montt, había ido, poco a poco, retirándose y enfriándose de este, hasta hacerse su más irreductible opositor y adversario. Antes de mucho se incorporó entre los periodistas de oposición y desde las columnas de sus diarias atacó con decisión a la administración imperante.

²⁵ R. D.: Biografía de Amunátegui en *Estudios Biográficos, Obras Completas* [B. V.: Santiago, Imprenta Barcelona, 1914], XIII, pág. 296.

²⁶ R. D.: Amunátegui Solar, Domingo, “Veintiuna Cartas Inéditas de Barros Arana”, *Revista Chilena de Historia y Geografía* 94 (enero-junio de 1939).

A través de Gutiérrez Barros Arana había enviado sus libros a Angelis, y de su tío don Felipe Arana, especialmente su *Historia de la Independencia de Chile*, que estaba publicando por esos días, y le devolvió los ejemplares de su *Colección* que había enviado algunos años antes a Santiago, para venderlos en el almacén de su padre don Diego Antonio.

Por el mismo conducto envió ejemplares a su tío don Felipe Arana el ex Ministro de Rosas, que por esos días pasaba por las más mortales angustias, temiendo por su vida, y de que el odio de sus enemigos se descargara sobre sus hombros.

A pesar de la caída de Rosas siguió el debate sobre los títulos históricos de ambas naciones a la parte austral del continente. Al año siguiente, 1853, el jurista don Dalmacio Vélez Sarsfield entró también a la arena, con su folleto *Discusión de los Títulos del Gobierno de Chile a las Tierras del Estrecho de Magallanes*, de cuyas conclusiones también se hizo cargo Amunátegui en un folleto que vio la luz dos años más tarde²⁷.

Recuerda don Diego Barros Arana en su biografía de Amunátegui, que Angelis creía que este era de nacionalidad francesa, y que figuraba entre los hombres de ciencia de este país, contratados por Chile para tener la descripción de su territorio. Creía que no había ningún chileno con la capacidad necesaria para enfrentarse con él en la discusión de los títulos históricos a la Patagonia, y tenía en tan alto aprecio las publicaciones del historiador chileno sobre la materia que dispuso la adquisición de numerosos ejemplares de ellas para distribuirlos entre las sociedades científicas de Europa.

II

La investigación realizada en los archivos de Río de Janeiro, especialmente en el del [Ministro] de Relaciones Exteriores, Paulino José Soares de Sousa, futuro vizconde de Uruguay (su correspondencia con José María de Silva Paranhos, futuro vizconde de Río Branco) que se guarda en el archivo Itamarati, ha permitido al historiador Jaime Cortesão (1884-1960) puntualizar el origen de las relaciones de Angelis con el gobierno del Brasil y la venta de sus papeles manuscritos y biblioteca al de ese país.

Las relaciones de Angelis con los hombres públicos del Brasil se iniciaron en 1846, secretamente, en pleno período de la dominación de Rosas. Entre los originales manuscritos ofrecidos en venta estaban los títulos de fundación de la mayor parte de los pueblos fundados por los jesuitas españoles en los Estados de Paraná y Río del Sur, de grandísimo valor diplomático para las cuestiones de límites, presentes o futuras. Entre esos documentos figuraban muchos importantes sobre las misiones de Chiquitos y otros puntos fronterizos del Imperio. Escribía Cortesão:

Aquí se toca uno de los aspectos más graves de la oferta de venta. Desde 1843 las relaciones entre el Brasil y la Confederación Argentina eran de extrema tensión. Hacía tres años precisamente que el futuro Barón de Ponte Ribeiro, después de un cambio de notas con el gobierno argentino, de parte a parte violentas, se vio obligado a abandonar su misión en Buenos Aires y a pedir su pasaporte para regresar a Río. A la fecha en que

²⁷ B. V.: Vid. Amunátegui, *Títulos de la República de Chile a la Soberanía y Dominio de la Extremidad Austral del Continente Americano*, Santiago, Imprenta Nacional, 1855.

Angelis hacía su oferta aquella tensión se agravó. Con motivo de desacatos realizados contra la Legación del Brasil, el Barón de Cirú daba, el 1º de octubre de aquel año 1846, instrucciones al cónsul general, que era entonces Miguel de Silva Lisboa, para abandonar el puesto, alegando públicamente un pedido de licencia²⁸.

¿Procedía de Angelis por ligereza o inconsistencia, se preguntaba Cortesão, sin apreciar las posibles consecuencias de sus actos? El historiador se daba una respuesta negativa, agregando que esa actitud del periodista napolitano se acercaba mucho a un acto de traición. Angelis, en su correspondencia, recomendaba que se mantuviera sobre ella la mayor circunspección, a fin de evitar los compromisos que necesariamente le redundarían si el gobierno de Buenos Aires llega[r]a a enterarse de la existencia de la colección. A lo que Cortesão agrega que con esta declaración el coleccionista daba claramente a entender que la había obtenido por medios inconfesables²⁹.

Desde Montevideo, donde Angelis se había refugiado a la caída de Rosas, a principios del 52, se embarcó para Río Janeiro, adonde arribó en diciembre de 1853. En abril de 1854 partió Angelis para Montevideo, desde donde dirigió a Soares de Sousa, que continuaba al frente del Ministerio de Relaciones Exteriores, varias cartas, muchas de carácter confidencial, en las que hacía la semblanza de los hombres públicos más importantes de aquel país. Con razón comenta Cortesão estas comunicaciones, diciendo que en realidad Angelis se había convertido en agente del Imperio en el Uruguay³⁰.

En Montevideo se ocupó de redactar una Memoria sobre la navegación del Amazonas, que se imprimió en esa ciudad en el mismo año, con una extensa dedicatoria del Emperador don Pedro II, en la que defendió los intereses brasileiros contra las pretensiones del oficial de marina norteamericano M. Maury, que había escrito una obra en la que se hacía campaña en favor de la libre navegación de ese río por las naciones bañadas por él, y por los Estados Unidos, en una especie de condominio internacional, con evidente menoscabo a los intereses del Brasil³¹.

Desde Montevideo escribió Angelis a uno de los Ministros ofreciéndole fundar un diario, que él dirigiría, para defender y esclarecer los propósitos de la política del Brasil en el Río de la Plata. Esta carta, dice Cortesão, es una pieza capital para apreciar las cualidades intelectuales y morales de su autor, y penetrar en los más oscuros repliegues de su carácter.

El gobierno de Río Janeiro se mostró generoso con Angelis: le compró en la suma de ocho mil pesos su biblioteca y colección de manuscritos, que hoy se conserva en la Biblioteca

²⁸ B. V.: Jaime Cortesão, *Jesuitas e Bandeirantes no Guairá (1549-1640)*. Manuscritos da Coleção de Angelis, Río de Janeiro, Biblioteca Nacional, 1951, I, pp. 36-37.

²⁹ B. V.: *Ibid.*, p. 37.

³⁰ B. V.: *Ibid.*, pp. 40-41, 47.

³¹ B. V.: En la biblioteca de Bello se encontraba la obra de Angelis *De la Navegation de l'Amazone. Reponse a una Memoire de M. Maury, Officier de la Marine des Etats-Unis*, Montevideo, Imprenta del Río de la Plata, 1854. "Al refutar la supuesta distorsión del derecho internacional de Maury, Angelis se refiere a varias fuentes, tales como Vattel, Bynkershoek, Martens y los *Principios de Derecho de Gentes* de Andrés Bello": Velleman, *Andrés Bello y sus Libros*, pp. 76, 119.

Nacional de esa capital; le pagó la impresión de su catálogo y le remuneró la *Memoria Sobre la Navegación del Amazonas*.

El eminente historiador Cortesão ha escrito comprensivas y justas palabras sobre la personalidad de Angelis. Ha dicho:

Todos los americanistas vemos en él un precursor y un camarada al que debemos gratitud. En su biblioteca figuran valiosos libros de viajes, geografía y lenguas indígenas de América, particularmente de la América Meridional. Su vivo interés por la tierra y por los hombres, por la historia del conocimiento del planeta y por aborígenes primitivos, esta vasta y elevada curiosidad por los mundos desconocidos, le asigna una categoría humana superior.

Guardémonos todavía de lanzar contra él una sentencia de degradación sin restricciones y sin apelación. No apliquemos el mismo juicio sobre el político que sobre el historiógrafo erudito. Nótese que no le llamamos historiador. Esta categoría supone cierta entereza de carácter, continuidad y fidelidad a principios morales y filosóficos, no a la interpretación de hechos, que le son ajenas.

No se extrañen estas consideraciones a propósito del erudito recopilador de la colección que vamos a transcribir. A nuestro entender ellas no exceden del cuadro de nuestro trabajo. Somos de los que pensamos que el juicio sobre los hombres no puede separarse enteramente del intelectual del ser moral. Creemos que la responsabilidad de este último crece en proporción directa del primero. A nuestra manera de ver el hombre de pensamiento que abdica de la libertad de pensar, mediante estipendio, comete un acto de traición o prostitución al espíritu y pierde así el respeto de los contemporáneos.

Dadas las condiciones en que la compra se hizo, bien podemos decir que la *Colección* de Angelis constituía un magnífico despojo de la batalla de Caseros. Basta lanzar una ojeada sobre la lista de obras organizadas por Angelis para adivinar su importancia enorme. Causa cierto espanto que un archivo como aquel, que en su mayor parte perteneció a la provincia jesuítica del Paraguay, pudiese haber sido comprada por un particular, haber caído en territorio argentino y ser vendida tan fácilmente a un gobierno extranjero.

[Sigue una enumeración de las secciones que componen la *Colección de Obras Impresas y Manuscritas que Tratan Principalmente del Río de la Plata*].

En 1854, Angelis acrecentó ese catálogo con un apéndice que contenía obras que no hicieron parte de la colección vendida al Brasil, sobre lingüística, que incorporaba obras en lengua guaraní, aimará, quichua, obras en lengua chilena, del Chaco, del Brasil y obras correlativas, que daban una idea clara de las vastas curiosidades que había logrado reunir el laborioso americanista...³².

Como advierte el historiador portugués, en la colección de Angelis faltan varias piezas, no de las menos importantes, que no ingresaron en lo comprado por el gobierno del Brasil. Estos vacíos habían sido observados por el geógrafo Félix Outes, quien creía que se habían dispersado antes de realizarse la adquisición por el gobierno brasileiro.

³² B. V.: Estos pasajes son traducidos de Cortesão, *Jesuitas*, págs. 50-57.

Los documentos jesuíticos eran originales, o estaban autenticados y en opinión de Cortesão formaban el fondo secreto de la Compañía de Jesús. Todas esas piezas se mantuvieron inéditas, hasta que algunas de ellas las utilizó el P. Carlos Leonhardt, S. I. que las incluye en los dos volúmenes de las *Cartas Anuas*, que forman los tomos XIX y XX, *Iglesia*, de los *Documentos para la Historia Argentina*, editados por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, que dirigió el Dr. Emilio Ravignani³³.

Como recuerda el historiador Cortesão la mayoría de esos documentos se conservan inéditos, pero han sido utilizados por los historiadores españoles y brasileros, entre los primeros el P. Astrain, en su conocida obra *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, Madrid, 1912, 7 volúmenes, y entre los últimos, por los señores Aurelio Porto, en su *Historia de las Misiones Orientales del Uruguay*, Río Janeiro, 1943, y Rego Monteiro en su *Historia de la Colonia de Sacramento, 1680-1777*, Porto Alegre, 1937³⁴.

Como apunta el historiador José Honório [Rodrigues], la colección de documentos de Angelis constituye uno de los principales fondos que contiene la Biblioteca Nacional de Río Janeiro, y tiene grandísima importancia para la historia de la formación territorial de los países americanos, y como tal ha sido estudiada por los historiadores brasileros y extranjeros, excepción hecha de los chilenos³⁵.

Después de la caída de Rosas comenzó para Angelis el más amargo calvario. Anduvo de Montevideo a Río Janeiro ofreciendo en venta sus papeles y libros, estrechado por la miseria, hasta que obtuvo del gobierno del Brasil la adquisición de la mayor parte de ellos. No se había apagado en su alma el interés por el estudio de las cuestiones internacionales, y en 1854 dio a los moldes un escrito sobre la navegación del Amazonas, en repuesta a un folleto que sobre la misma materia había publicado un oficial de la marina norteamericana, M. Maury, del cual envió un ejemplar al internacionalista Bello.

A pesar de la estimación que le habían manifestado los cuerpos científicos, Angelis vivía en Buenos Aires en el mayor aislamiento, cultivando la amistad de muy pocos amigos. Decía en carta de junio de 1856 a su amigo Guido:

Yo vivo en mi quinta como un patriarca, ni me quejo de mi suerte. Mucho me ha costado salir de mi retiro para asistir a una sesión del Instituto Histórico y Geográfico, que acaba de instalarse en esta ciudad, pero me era imposible evitarlo. El señor Mitre vino en persona, con otros dos individuos, a pedirme de figurar entre los fundadores de este

³³ B. V.: Perífrasis de Cortesão, *Jesuitas*, pp. 60-61.

³⁴ B. V.: Cortesão, *Jesuitas*, p. 60.

³⁵ B. V.: Rodrigues, "Explicação". En Cortesão, *Jesuitas*, p. 8. No hemos encontrado en el texto de Rodrigues ninguna referencia específica a los historiadores chilenos. Dice Rodrigues: "[A coleção] tem sido examinada e pesquisada por historiadores brasileiros e estrangeiros e aproveitada limitadamente para monografias e estudos". El prólogo del Dr. José Honório [Rodrigues] y la introducción del mismo que hemos citado en las líneas anteriores, figuran en el tomo primero del volumen que con el título de *Manuscritos de la Colección de Angelis. Jesuitas e Bandeirantes no Guaira (1549-1640)*, se publicó por la Biblioteca Nacional de Río Janeiro, en 1951, que incluye la reproducción de un mapa del Paraguay, probablemente del siglo XVII. Para las publicaciones hechas por el profesor Cortesão, véase la nota bibliográfica al final de este trabajo. *Vid.* la nota 36 a continuación.

Instituto, y a pesar de mi resistencia a salir de la oscuridad en que vivo, tuve que ceder a sus instancias, sin embargo antes de poner mi nombre al pie de las Bases Orgánicas, le dije en tono semi serio: "Si hay alguno que diga la mazorca vuelve a levantar cabeza, Uds. sabrán lo que tienen que contestar, porque yo hago lo que Uds. desean".

El domingo pasado asistí a la segunda sesión preparatoria, fui perfectamente bien recibido, hasta de algunos que nunca me habían manifestado no diré aprecio, sino cortesía. Tuve el gusto de darle a Ud. mi voto para miembro del Instituto, la moción fue hecha por el señor Mármol, yo iba también dispuesto a proponerlo. El Sr. Mitre, que es el Presidente, y que lo merece por el celo que ha desplegado en la creación de este cuerpo literario, se propone, y se lisonjea, abrir un camino más ancho y de una dirección más noble a los que consumen su tiempo y gastan su inteligencia en luchas estériles para el bien público. Quiera Dios que lo consiga³⁶.

Los últimos meses del erudito napolitano fueron muy amargos, olvidado de todos y envuelto en el odio general. Murió en febrero de 1859. Al llegar Barros Arana a Buenos Aires, pocos meses más tarde, ya había fallecido.

Olegario Andrade, con generosidad de poeta, le consagró una nota necrológica en su diario *El Nacional* de Santa Fe, en el que escribía: "Lágrimas y gratitud sobre su tumba"³⁷.

La Primera Generación de Historiadores Chilenos

El artículo 28 de la ley orgánica de la Universidad de Chile, de noviembre de 1842, impuso a esta la obligación de promover los estudios históricos nacionales. Ese fue el origen de la primera memoria presentada a la docta casa, y que el maestro Lastarria ha evocado en sus recuerdos del maestro. Esa memoria ocupa un lugar destacado en la historia de las investigaciones históricas nacionales, no sólo por su novedoso punto de vista, cuanto por la ardorosa polémica que suscitó, y que interesó vivamente al humanista venezolano. Esa fecha, 1844, debe recordarse como el punto de partida del movimiento literario y de la iniciación de la juventud santiaguina al estudio del pasado nacional, llena de espíritu innovador y reformista, mientras Bello no era partidario de romper abiertamente con el pasado. Eso explica también por qué la mayor parte de los trabajos que comenzaron a publicarse, y que el maestro conservó en su biblioteca, están dedicados al período de la emancipación, considerada por ese grupo de jóvenes, no sólo como la iniciación de un período de emancipación política, sino de independencia intelectual, para barrer del panorama intelectual del país todo el legado colonial.

Los dos jóvenes que desde entonces estuvieron más cerca del maestro fueron Miguel Luis Amunátegui y Diego Barros Arana. El primero ha referido, en una emocionante página autobiográfica, las circunstancias en que se inició su relación con el maestro, con ocasión de

³⁶ B. V.: Vid. Enrique Arana (h), *Rosas y la Política Exterior con Otros Estudios*, Buenos Aires, Instituto Panamericano de Cultura, 1954, I, p. 540.

³⁷ B. V.: En una extensa nota bibliográfica, Donoso enumera unos títulos relevantes a (1) la vida y obra de Pedro de Angelis y (2) las colecciones documentales y los estudios realizados por Jaime Cortesão.

rendir un examen final del latín en las aulas del Instituto Nacional³⁸. Ese examen constituyó para Amunátegui un brillante triunfo, que le abrió las puertas a la cátedra de ese colegio, a pesar de que tenía sólo 19 años de edad. Como decía don Benjamín Vicuña Mackenna, dar un brillante examen final de latín constituía por entonces en Chile un triunfo tan señalado, como ser ministro de estado o arzobispo.

Lastarria ha evocado, en sus *Recuerdos del Maestro*, al grupo de jóvenes que Bello reunió en su casa y a los que dio lecciones de derecho de gentes, derecho civil, legislación y otras materias³⁹. Algunos de esos jóvenes se iniciarían luego en la vida pública, en la que dejarían inolvidable huella, y compusieron, bajo la vigilante mirada del maestro, algunas de las primeras memorias históricas, cuya composición le imponía su ley orgánica. Entre ellos merecen recordarse a Benavente, Diego José, que redactó una memoria sobre las primeras campañas militares de la independencia, impresa en 1845; Antonio García Reyes, que escribió sobre la organización de la primera escuadra nacional, y Manuel Antonio Tocornal, autor de la memoria sobre el primer gobierno nacional, leída en la sesión pública de la Universidad de 7 de noviembre de 1847.

Sobre todos ellos pasaba la memoria, viva todavía entre los contemporáneos, del padre de la patria don Bernardo O'Higgins, a quien todos profesaban sincera admiración, y los rasgos de cuya personalidad acababan de ser evocados por su discípulo y amigo don Casimiro Albano, que fluían espontáneos y agudos en la semblanza que recientemente había dado a los moldes⁴⁰. De todos ellos el que se sentía más cercano a la personalidad del maestro era García Reyes, hijo de un español que había luchado en la jornada de Chacabuco, y quien al incorporarse a la Facultad de Leyes de la Universidad, había hecho el caluroso elogio de su antecesor don Francisco Bello⁴¹.

No todos ellos rendían a O'Higgins una admiración incondicional, y el mismo Amunátegui acababa de componer el cuadro de la administración del fundador de la independencia chilena no sin formular severos reparos a su administración. En las páginas de *La Dictadura de O'Higgins*, impresas en 1853, el joven historiador se mostró severo en sus juicios, pero con elevación de miras, que desdeñaba la chicanería de la historia. Ese año fue particularmente activo para el discípulo de Bello por cuanto, además de tener que enfrentar la polémica con el erudito Angelis, dio a los moldes la primera biografía del maestro, incluida en las *Biografías de Americanos*, compuestas tras laborioso esfuerzo. Ese trabajo fue suscrito por los dos hermanos, Miguel Luis y Gregorio Víctor, bajo cuya firma aparecieron muchos de sus escritos:

Resueltos desde tiempo atrás a escribir la biografía de don Andrés Bello, este fue el partido que adoptamos para arrancarle las cortas noticias que van a continuación a leerse.

³⁸ B. V.: Vid. Amunátegui, *Ensayos Biográficos*, Santiago, Imprenta Nacional, 1893, II, pp. 124-126.

³⁹ B. V.: José Victorino Lastarria, "Recuerdos del Maestro", en Guillermo Feliú Cruz (comp.), *Estudios Sobre Andrés Bello*, Santiago, Fondo Andrés Bello, 1966, I, p. 5.

⁴⁰ B. V.: *Memoria del Exmo. Señor Bernardo O'Higgins*, Santiago, Imprenta de la Opinión, 1844.

⁴¹ B. V.: *Discurso Pronunciado por don Antonio García Reyes al Incorporarse a la Facultad de Leyes de la Universidad en Elogio de su Predecesor don Francisco Bello*, Santiago, Imprenta de Julio Belín, 1853.

En cuantas ocasiones podíamos, le suscitábamos conversación acerca de los sucesos transcurridos antes de su llegada a Chile. Nuestra importunidad no quedaba siempre sin resultado. Lográbamos a veces que se entregara al placer de referir los incidentes de sus primeros años, y cuando eso acontecía tan pronto como regresábamos a nuestra casa, confiábamos al papel lo que nos había dicho, con tanto cuidado como era el interés con que le habíamos escuchado⁴².

Las noticias biográficas tenían como fuente de información el testimonio del propio Bello, y muchas de ellas fueron con el correr del tiempo objeto de rectificaciones. Los biógrafos pasaban revista a los primeros años del escritor, daban noticias de incorporación al servicio de la Secretaría de la Capitanía General de Caracas, y recordaban la afición al estudio que tuvo desde sus años juveniles. Los primeros pasos del movimiento emancipador estaban prolijamente evocados, y al recordar la misión de los enviados venezolanos ante la Corte de Londres, se advertía fácilmente que Bello no guardaba gratitud hacia la personalidad del Libertador.

Los otros autores de memorias universitarias, que Bello guardaba cuidadosamente en su biblioteca, eran José Hipólito Salas, sobre el servicio personal de los indígenas y su abolición; Salvador Sanfuentes, brillante esperanza de su generación, muerto prematuramente; Domingo Santa María, sobre el período que siguió a la caída de O'Higgins; Diego Barros Arana; Ramón Briseño, sobre de derecho público chileno, y el mismo Amunátegui sobre el descubrimiento y conquista de Chile, uno de sus trabajos más logrados. A esta nómina había que agregar el nombre de Benavente, Diego José, que escribió sobre las primeras campañas militares de la emancipación.

Toda esa generación, que bien puede calificarse como la primera que surgió después de la emancipación política, estaba unida por un sentimiento común de admiración hacia la época de la independencia, considerándola como de verdadera emancipación de los espíritus, y de repudio al pasado colonial español, no sólo por el legado de fanatismo y oscurantismo que había dejado, sino por sus rasgos esenciales de sumisión a la Iglesia católica y espíritu negativo. Con la emancipación comenzaba para ellos una nueva época, como dijo el maestro Lastarria, la de la realización de la República.

La influencia que ejerció Bello sobre ese grupo de jóvenes está perfectamente definida en los admirables recuerdos autobiográficos de Lastarria, y mucho de su espíritu se advierte en sus trabajos, en la moderación de sus conclusiones y en sus esfuerzos por buscar la verdad sin timideces, pero con un vehemente espíritu de serenidad y justicia.

En Torno a la *Historia de la Literatura Española de Ticknor*

Desde los años de su residencia en Londres, Bello había dedicado mucha atención al estudio del poema del Cid, cuyo análisis despertó el interés de los eruditos españoles: en el siglo XVIII don Tomás Antonio Sánchez y don Antonio Capmani, y a principio del siglo

⁴² B. V.: Miguel Luis Amunátegui y Gregorio Víctor Amunátegui, *Biografías de Americanos*, Santiago, Imprenta Nacional, 1854, pp. 5-6.

XIX Sismonde de Sismondi había sostenido sin contradicción que bastaba una simple lectura de él para advertir la influencia de las ideas y del gusto de los árabes⁴³.

Ya en las páginas del *Repertorio Americano* 1827, Bello había publicado los resultados de sus estudios sobre el Poema, y años más tarde, 1834, volvió sobre la materia en las columnas del periódico santiaguino *El Araucano*, en cuya redacción tenía responsabilidad. Al publicarse en Estados Unidos la *Historia de la Literatura Española* de Mr. Jorge Ticknor, a mediados del siglo, Bello volvió a sus estudios sobre el poema, en una serie de artículos que no fueron desconocidos para Ticknor, que aparecieron en los *Anales de la Universidad de Chile* y que en realidad pueden considerarse como la última obra de envergadura que afrontó.

La obra de Ticknor corrió con fortuna desde su aparición en los círculos intelectuales: traducida al alemán en los años 185[2] al 5[7], y al francés por J. G. Magnabal, la traducción al español fue realizada por los señores Pascual de Gayangos y Enrique de Vedia, y vio la luz en cuatro volúmenes, que se imprimieron desde 1851 hasta 1856, para la cual el autor contribuyó con numerosas notas que ilustraban con muchas noticias sus páginas. Escribía a Gayangos el 14 de mayo de 1850:

He continuado recibiendo buenos informes de la calurosa recepción que ha recibido mi Historia en Inglaterra, Francia y Alemania, pero ninguna ha tenido tanta autoridad como aquellas que he recibido de España. Tenga la bondad de decirlo así a don Manuel Quintana y que la aprobación que me ha enviado a través de Mr. Wallis me satisface profundamente⁴⁴.

Ticknor había nacido en Boston el 1 de agosto de 1791 y después de sus estudios secundarios ingresó en la Universidad, donde se graduó en leyes. En 1815 viajó a Europa, ingresando en la Universidad de Gotingen, donde estudió alemán, griego y letras clásicas y donde parece se inició su inclinación por el estudio de la literatura española. Tres años más tarde viajó a la península, donde comenzó la adquisición de libros y manuscritos, que formarían la base de su gran biblioteca. De regreso a su patria, se estableció en Boston, donde contrajo matrimonio e inició su carrera literaria, consagrándose al profesorado y al estudio. En 1835 realizó un segundo viaje a Europa, ocasión en la que tuvo oportunidad de conocer al hombre de letras don Pascual de Gayangos, con quien contrajo estrecha amistad, que se prolongó hasta la muerte del historiador norteamericano. La publicación de la correspondencia de ambos historiadores, hecha no ha muchos años, revela hasta qué punto fue importante la amistad entre ambos, y la influencia ejercida por el último en la orientación de las investigaciones del primero.

⁴³ B. V.: Bello poseía en su biblioteca la *Colección de Poesías Castellanas Anteriores al Siglo XV* de Sánchez (Madrid, 1779) y varias obras de Sismonde de Sismondi, Velleman, *Andrés Bello y sus Libros*, pp. 255, 261.

⁴⁴ B. V.: Esta carta, escrita originalmente en inglés, se imprimió en George Ticknor, *Letters to Pascual de Gayangos, From the Originals in the Collection of the Hispanic Society of America*. Edited by Clara Louisa Penney, New York, The Hispanic Society of America, Printed by Order of the Trustees, 1927, p. 211.

Al aparecer la *Historia de la Literatura Española* fueron muchas las solicitudes que recibió Ticknor de escritores españoles para hacer su traducción a nuestro idioma, pero el escritor norteamericano resolvió confiarla a sus entrañables amigos Gayangos y Vedia.

Amunátegui ha hecho un prolijo resumen de los artículos de Bello dedicados a la obra de Ticknor, que corre de las páginas 557 a 579 de su biografía. En ellos se ocupaba Bello de la fecha en que probablemente fue elaborado el poema, llegando a la conclusión de que habría sido escrito poco antes o después del año 1200. Repudiaba el humanista la idea lanzada por Sismonde de Sismondi en el sentido de que hubiera en el poema influencias árabes, reconociendo sí que eran evidentes las influencias de la literatura provenzal. Finalmente se ocupaba del origen del asonante.

Dice Amunátegui que los trabajos de Bello fueron conocidos por el historiador norteamericano, y que manifestó vivo interés por tener algunas de sus obras. Al enterarse de la muerte del hijo del maestro, don Juan, ocurrida en los Estados Unidos, en circunstancias que desempeñaba la representación diplomática de su país, en el carácter de Encargado de Negocios, escribió a su amigo don Pedro Pablo Ortiz una sentida carta de pésame para que la hiciera llegar al humanista santiaguino⁴⁵.

No fue indiferente Bello a la labor que por esos días iniciaban los laboriosos hispanistas norteamericanos, especialmente de Prescott, el entrañable amigo de Ticknor, cuyos trabajos sobre la conquista de México y el reinado de Fernando e Isabel se encontraron en su biblioteca.

Tuvo también Bello vivo interés en abrir una correspondencia con el traductor de Ticknor, don Pascual de Gayangos, a quien alcanzó a escribir una carta el 8 de marzo de 1862, carta que recogió Amunátegui en su biografía⁴⁶.

⁴⁵ R. D.: Amunátegui, págs. 574-575. En las tres páginas siguientes copia la carta a Gayangos. Ticknor falleció en su casa de Boston el 26 de enero de 1871. En la Biblioteca Pública de Boston, donde se guardan los libros de Ticknor, por donación especial que hizo a ella, se encuentran las siguientes obras de Bello: 1. *Análisis Ideológica de los Tiempos de la Conjugación Castellana*. Obra publicada con algunas notas por Juan Vicente González, para el uso del colegio de “El Salvador del Mundo”; Curazao, G. Cortés, 1850. viii, 62 págs. 2. *Gramática de la Lengua Castellana*, Caracas; V. Espinel, 1850. xv, 336 págs.; 3. “Notice of His Writings”. *Faro Industrial de la Habana*, 1849. 4. “Poesías”. *América Poética*. 5. “Poesías”. En [Mendive], R. M. de y García, J. de J. Q. *América Poética*. 6. *Principios de Derecho Internacional*. Segunda edición, aumentada y corregida, Caracas; M. de Rojas, 1847. xii, 289 págs. 7. *Principios de Ortología y Métrica de la Lengua Castellana*, Caracas, J. M. de Rojas, 1844, iv, 137 págs. 8. “Review of Ticknor, *Spanish Literature*” ([en] Chile, Universidad, *Anales*, 1852-1858). 9. *Vida* (Amunátegui, M. L. y G. V. *Biografías de Americanos*, 1854). *Catalogue of the Spanish Library and of the Portuguese Books Bequeathed by George Ticknor to the Boston Public Library* by James Lyman Whitney, Boston: Printed by Order of the Trustees, 1879. B. V.: Sobre Ticknor y su recepción en el mundo hispánico, con referencia especial a Bello, vid. Iván Jaksic, “*Labor Ipse Voluptas: George Ticknor’s History of Spanish Literature*”, capítulo 2 de sublibro *The Hispanic World and American Intellectual Life, 1820-1880*, New York and Hampshire, England: Palgrave Macmillan, 2007, pp. 29-51. La carta de Ticknor a Bello (1^a de octubre de 1860) se encuentra en Bello, *Obras Completas*, XXVI, p. 394.

⁴⁶ B. V.: En las *Obras Completas* de Bello (XXVI, pp. 411-419), se dan tres versiones de esta carta, en la primera de las cuales (la que ostensiblemente le envió Bello a Gayangos) parece tachada la fecha que indican Amunátegui y Donoso, reemplazándola con “23 de agosto de 1862”.

Ejemplo notable de confraternidad literaria y solidaridad intelectual, la correspondencia de Jorge Ticknor con don Pascual de Gayangos puede exhibirse como un modelo de devoción por la vida intelectual de sinceridad y de afecto, entre dos hombres de cultura superior y de insuperable talento literario.

La Biblioteca

I

Bello arribó a Londres armado de su latín y su inglés, que le abrirían el camino del estudio de las letras clásicas y de sus contactos con los hombres de letras y la producción intelectual inglesa.

Con el restablecimiento del absolutismo florecieron de nuevo las letras, particularmente las relativas a la antigüedad clásica. El siglo que iniciaba heredó del anterior la curiosidad enciclopédica, y a la época de la publicación de los diccionarios de lenguas y de historia natural, sucedió otra de no menos avidez por el conocimiento de los idiomas y de las ciencias de la naturaleza. La biblioteca de Bello era rica en esa clase de obras, reveladoras de su curiosidad insaciable y de su inclinación al estudio de los más variados temas. Entre estos fueron de su predilección los trabajos de los grandes juristas, especialmente de los franceses, entre los que figuraban Pothier y Troplong⁴⁷.

Desde el primer momento despertó su interés el estudio de la legislación romana, de los grandes monumentos literarios de la antigüedad clásica, y de los juristas que habían dedicado su atención al estudio de la legislación dictada para el gobierno del mundo colonial americano, los juristas españoles y entre ellos naturalmente, el más eminente de todos, Solórzano Pereira⁴⁸.

Es interesante observar, a través del estudio del catálogo, el interés manifestado por Bello por los cronistas de la historia de América, entre ellos Antonio de Herrera, y el conquistador Bernal Díaz del Castillo, cuyas obras tenía en su biblioteca⁴⁹. Las grandes colecciones documentales relativas a la época de los descubrimientos, como la de Fernández de Navarrete, figuraban entre sus libros⁵⁰. La de Pedro de Angelis, comenzada a publicar en 1836, estaba entre sus libros, probablemente enviada por el autor, con quien mantuvo relaciones de confraternidad literaria, como queda apuntado en páginas anteriores.

Es digno de señalarse el interés manifestado por Bello por adquirir las obras de los más renombrados geógrafos de la época, como Malte Brun, cuyo diccionario geográfico en diez

⁴⁷ B. V.: Sobre las obras de estos juristas franceses que figuraban en la biblioteca de Bello, vid. Velleman, *Andrés Bello y sus Libros*, pp. 89, 238-39, 271.

⁴⁸ B. V.: De este jurista español tenía Bello cuatro obras escritas en latín, publicadas entre 1605 y 1779: vid. Velleman, *Andrés Bello y sus Libros*, p. 263.

⁴⁹ B. V.: Vid. Velleman, *Andrés Bello y sus Libros*, pp. 160, 191.

⁵⁰ B. V.: Bello poseía la *Colección de Viajes y Descubrimientos* de Fernández de Navarrete, en una edición de 1825; en 1827 Bello publicó un artículo sobre esta obra en *El Repertorio Americano* III, 186-225. Vid. Velleman, *Andrés Bello y sus Libros*, p. 172.

volúmenes se hallaba entre sus libros⁵¹. De aquí a pasar a las obras de los viajeros no había más que un paso, y al aparecer el *Viaje a las Regiones Equinocciales de América*, de su conocido Alejandro von Humboldt, Bello se apresuró a adquirirla. El ilustre viajero comenzó a llenar el mundo científico con su renombre y la trascendencia de su labor científica, y Bello no se quedó atrás en inscribirse entre sus más devotos admiradores. Verdadero descubridor científico del mundo americano, Humboldt se conquistó desde la primera hora la más grande autoridad en el mundo científico⁵².

Entre esos viajeros ocupó un lugar muy destacado don Claudio Gay, comprometido en la grandiosa empresa de hacer la descripción física, geográfica y geológica del territorio chileno, y Bello se apresuró a incorporar en su biblioteca sus trabajos⁵³. Tampoco estuvo ausente de sus anaqueles el libro de Philippi, *Viaje al Desierto de Atacama*, impreso en 1860 en Halle, Sajonia.

Del estudio de la antigua legislación española y sus historiadores, entre ellos Martínez Marina, pasó Bello a interesarse por la historia general de España (Padre Mariana), y por los documentos relativos a ella. Adquirió así la *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*, de Fernández de Navarrete, Sáinz de Baranda y Salvá, la *Historia de España* de Lafuente, la de José Antonio Conde sobre la dominación árabe, y alguna de las obras de Mignet sobre la historia de la península⁵⁴.

Como han señalado los biógrafos del humanista, la llegada de los emigrados españoles y la aparición en el mundo intelectual londinense del editor Ackermann, tuvieron profunda influencia en la orientación y en los trabajos del escritor. La labor que desarrolló desde entonces como escritor estuvo teñida de un sentido enciclopédico y orientada a interesar al público ilustrado del mundo americano. De su contacto con los hombres de letras españoles, Mora, Puigblanch, Blanco White, Joaquín Lorenzo Villanueva y Salvá, derivó su interés por el estudio de la historia de las letras hispánicas y de la gramática. Le fueron desde entonces familiares los trabajos de los escritores españoles del siglo XVIII, entre ellos Sempere y Guarinos y Jovellanos, con el último de los cuales hay afinidades tan estrechas que se han encargado de puntualizar sus biógrafos.

⁵¹ B. V.: *Précisde la GéographieUniverselle*, Paris, Fr. Buisson, 1812; Velleman, *Andrés Bello y sus Libros*, p. 212.

⁵² B. V.: En la biblioteca de Bello se encontraban cuatro obras de Humboldt, todas en francés o inglés, incluso, en cinco volúmenes, la traducción francesa del *Cosmos*. Estas obras eran de influencia importante para Bello, quien dedicó unos quince artículos a ellas en las páginas de la *Biblioteca Americana* y el *Repertorio Americano*. Velleman, *Andrés Bello y sus Libros*, pp. 194-95.

⁵³ B. V.: De Gay Bello poseía en su biblioteca la obra *Historia Física y Política de Chile* (1845-1862), que incluía volúmenes sobre la *Agricultura*; la *Botánica*; *Documentos Sobre la Historia, la Estadística y la Geografía*; la *Historia* y la *Zoología*. Bello también insertó traducciones suyas de artículos de Gay en *El Araucano* entre 1831 y 1843. Vid. Velleman, *Andrés Bello y sus Libros*, pp. 178-79.

⁵⁴ B. V.: La obra de Mignet (preferida por Bello a la de Bermúdez de Castro, de semejante tema) fue *Antonio Pérez et Philippe II*, Paris, 1846. Velleman, *Andrés Bello y sus Libros*, p. 221. Sobre las historias de España que poseía Bello en el momento de su muerte, vid. la misma obra de Velleman, p. 79.

Pero fue el estudio de la antigüedad clásica, griega y romana, la que despertó con mayor interés la curiosidad intelectual y bibliográfica de Bello. Las obras de todos sus grandes escritores se hallaban entre sus libros, en bellas ediciones aparecidas desde principios del siglo. El interés del humanista se vio reforzado durante su estada en Santiago, particularmente cuando tuvo dos colegas distinguidos, formados en el mundo intelectual europeo, los latinistas don Luis Antonio Vendel-Heyl y Justo Florián Lobeck, ambos profesores del Instituto Nacional, que colaboraron estrechamente con el maestro, y publicaron en Santiago algunos de sus trabajos. Así Vendel-Heyl publicó aquí sus *Ensayos Analíticos y Críticos Sobre la Primera Edad de la Literatura Romana y Particularmente Sobre Plauto*, mientras Lobeck dio a los moldes su *Gramática Elemental de la Lengua Latina*, y una colección de ejercicios latinos y castellanos.

Pero fueron los problemas derivados de su actividad diplomática los primeros que atrajeron la atención del humanista, en aquel mundo perturbado por tan grandes mutaciones políticas. El gran problema que por entonces provocaba el interés de las naciones americanas, que pugnaban por obtener el reconocimiento de su personalidad internacional ante las grandes potencias dominadoras del mundo, eran los de los derechos de los neutrales, la apertura de los puertos ingleses al tráfico marítimo de las nuevas nacionalidades y la equivalencia de títulos para negociar en igualdad jurídica. Bello comenzó por enfrascarse en el estudio de Vattel⁵⁵, que gozaba de la más grande autoridad como tratadista de derecho internacional, y de los grandes publicistas del siglo anterior. Deseaba documentarse profundamente y así no vaciló en adquirir el *Corps Universel Diplomatique*, impreso en Ámsterdam en 1726 en ocho volúmenes, el *Supplément* a la obra anterior, de Barbeyrac, en cinco volúmenes, impreso igualmente en Ámsterdam en 1739, la *Historia de los Tratados de Paz* de Bernard, Ámsterdam 1725, y [otros cuatro volúmenes] sobre las negociaciones secretas que llevaron a la paz de Munster, impres[os] en La Haya en 1725⁵⁶.

El mercado de libros de Londres había pasado al primer lugar y los más grandes libreros del mundo occidental, de Francia, de Alemania, Rusia y Polonia, mantenían en la capital británica corresponsales que los proveían de las obras más preciadas, que encontraban de inmediato su colocación en el mundo sabio. Este interés del humanista por mantenerse al día en materia de derecho de gentes, explica cómo pudo publicar, apenas llegado a Chile, las páginas de sus *Principios de Derecho de Gentes*, preparados y escritos sin lugar a dudas durante su residencia en la capital británica.

Al surgir en el mundo intelectual el movimiento romántico, el humanista no permaneció indiferente a él y se apresuró a adquirir los trabajos más sobresalientes de los románticos ingleses, franceses y españoles. Bello manifestó la mayor predilección por familiarizarse con las obras de los autores clásicos ingleses, todos los cuales figuraban en sus obras completas en su biblioteca: Shakespeare, Sir Walter Scott, Dickens, Stern[e], Bulwer y otros.

⁵⁵ B. V.: Emerich de Vattel, *Le Droit de Gens*, París, 1820. Vattel fue la influencia principal en la doctrina de Bello sobre derecho internacional. Vid. Velleman, *Andrés Bello y sus Libros*, p. 274.

⁵⁶ B. V.: La referencia queda incompleta en el manuscrito de Donoso, pero se trata de Jean Le Clerc, *Négotiations Secretes Touchant la Paix de Munster et d'Osnabrug*, título cuyo autor no aparece en el manuscrito de Barros Arana. Vid. Velleman, *Andrés Bello y sus Libros*, p. 205.

Es digno de notarse que la mayor parte de estas obras figuraban en ediciones impresas después de la llegada de Bello a Chile, de modo que el incremento más considerable de su biblioteca se remontaba a los días de su residencia en Santiago⁵⁷. Sería interesante establecer, mediante el estudio de su epistolario, el nombre del agente o del librero cuyos servicios utilizaba para la adquisición de sus libros⁵⁸.

El estudio del catálogo revela la curiosidad insaciable del humanista. Ningún ramo del conocimiento humano escapó a su lectura y a sus pesquisas más detenidas, de modo que es fácil seguir, a través de ellas, el movimiento intelectual de la época.

II

A la fecha de la muerte de don Manuel Antonio Tocornal, sucesor de Bello en la Rectoría y su antiguo discípulo, el Consejo Universitario acordó adquirir la biblioteca del humanista, a fin de incrementar las colecciones de la Biblioteca Nacional. El inventario de la misma, que es el que se incluye en las páginas que siguen, fue confeccionado por el señor Barros Arana, tan estrechamente unido al maestro desde su adolescencia, y que como bibliófilo apasionado, no dejó de consignar detalle alguno útil para identificar cada obra.

El precio que se pagó por ella nos parece ahora sencillamente ridículo, habida consideración del precio que han alcanzado los libros en el mercado internacional. Con la difusión de la cultura y el interés manifestado por los coleccionistas particulares y el fomento de bibliotecas universitarias, las grandes obras del pensamiento humano, y las ediciones famosas, han alcanzado precios realmente inverosímiles. Reconstituir la biblioteca del maestro sería hoy poco menos que imposible⁵⁹.

La Casa de Bello hace un servicio importantísimo al estudio de la personalidad del inmortal maestro publicando el inventario de su selecta biblioteca, revelador de una nueva

⁵⁷ B. V.: Es cierto que la gran mayoría de las obras literarias inglesas de los autores mencionados datan de las décadas 1830-1850. De los 27 títulos de los libros de Sir Walter Scott, por ejemplo, 25 fueron publicados entre 1832 y 1839 en la serie "Baudry's European Library". Esta serie se publicó en París; los otros dos títulos de Scott son ediciones de Philadelphia, Estados Unidos. En cuanto a toda la biblioteca de Bello, es evidente la dificultad de conseguir libros publicados en Londres durante el período santiaguino. En la muestra que he analizado, solamente 22 títulos publicados en Londres llevan fecha después de 1829; durante el mismo período 263 títulos fueron impresos en París. Vid. Velleman, *Andrés Bello y sus Libros*, pp. 31-32.

⁵⁸ B. V.: Hay algunas referencias en el *Epistolario* de Bello, y en los tomos que he podido examinar en persona, que indican las fuentes de las que Bello adquirió sus libros. En los Estados Unidos, James M. Gilliss, Joseph Henry del Instituto Smithsonian, Francisco Solano Astaburuaga y Manuel Carvallo; en Francia y otras partes de Europa, Vicente Salvá, Francisco Javier Rosales y los hijos de Bello, Carlos Bello Boyland y Juan Bello; en la América Latina, los autores mismos; dos obras sobre la geografía e historia de Venezuela se las envió a Bello, desde Caracas, su hijo Carlos. Santos Tornero también merece mención, por las librerías que tenía en Valparaíso y en Santiago que sin duda facilitaban la adquisición de libros por Bello.

⁵⁹ B. V.: La compra total de la biblioteca, según un decreto presidencial del 27 de noviembre de 1867, sumó a 4.742 pesos con 82 centavos. Para más detalles sobre la compra, vid. Velleman, *Andrés Bello y sus Libros*, pp. 97-112; también Alamiro de Ávila Martel, *Andrés Bello y los Libros*, Santiago, Fondo Andrés Bello, 1981.

faceta de ella, y que contribuye a proclamarlo sin esfuerzo como el más insigne humanista americano de su siglo.

Ricardo Donoso

*Bibliografía*⁶⁰

- Amunátegui, Miguel Luis, *Vida de don Andrés Bello*, Santiago, Impreso por Pedro G. Ramírez, 1882.
- Amunátegui Reyes, Miguel Luis, *Nuevos Estudios Sobre don Andrés Bello*, Santiago de Chile, Imprenta Barcelona, 1902.
- Amunátegui Solar, Domingo, “Don Manuel Montt y el Sabio Bello”, *Revista de Chile*, Vol. I, Núm. 4, julio de 1898.
- Barros Arana, Diego, “Discurso Pronunciado por don... en su Incorporación a la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile en elogio de su Predecesor don Luis A. Vendel-Heyl”, *Anales de la Universidad de Chile*, 1855. Págs. 723-731.
- Bello, Andrés, “Epistolario. Cartas Inéditas”, *Revista Chilena de Historia y Geografía* Núm. 115.
- Bello, Andrés. “Cartas de Bello a Francisco Rivas Galindo y Otros”. *Revista Chilena de Historia y Geografía* Núm. 126, 1958.
- Briceño Iragorri, Mario. “Integridad de Bello”. *Revista Chilena de Historia y Geografía* Núm. 122, julio-diciembre de 1953.
- Burke, W. J., *Rudolph Ackermann: Promoter of the Arts and Sciences*, New York, The New York Public Library, 1935.
- Caldera, Rafael, “Bello en Londres”, *Revista Chilena de Historia y Geografía* Núm. 119, enero-junio de 1952.
- Egaña, Juan, *Cartas de don Juan Egaña a su Hijo Mariano. 1824-1828*, Santiago de Chile, Sociedad de Bibliófilos Chilenos, 1946.
- Egaña, Mariano, *Cartas de don Mariano Egaña a su Padre Mariano. 1824-1828*, Santiago de Chile, Sociedad de Bibliófilos Chilenos, 1948.
- Fernández Larraín, Sergio, *Cartas a Bello en Londres. 1810-1829*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1968.
- Grases, Pedro, *La Primera Editorial Inglesa para Hispano América*, Caracas, 1955.
- Grases, Pedro, *Tiempo de Bello en Londres y Otros Ensayos*, Caracas, Biblioteca Venezolana de Cultura, 1962.

⁶⁰ B. V.: Esta es la bibliografía original de Donoso, transcrita aquí con ligeras modificaciones, indicadas entre corchetes.

Jardí, Enric, *Antoni Puigblanch. Els Precedents da la Renaixança*, Barcelona, Editorial Aedos, 1960.

Llorens Castillo, Vicente, *Liberales y Románticos. Una Emigración Española en Inglaterra. 1823-1834*, El Colegio de México, 1954.

Penney, Clara Louise, *George Ticknor Letters to Pascual de Gayangos, From the Originals in the Collection of the Hispanic Society of America*, Printed by Order of the Trustees, New York, 1927.

Pi Sunyer, Carlos, *Patriotas Americanos en Londres. Miranda, Bello y Otras Figuras*, Caracas, 1976.

Reig Salvá, Carola, *Vicente Salvá. Un Valenciano de Prestigio Internacional*, Valencia, 1972.

Roca, Pedro, "Noticia de la Vida y Obras de don Pascual de Gayangos", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, Madrid, 1897-1899. [Vol. I (1897), 544-565; vol. II (1898), 13-32, 70-82, 110-130, 562-568; vol. III (1899), 101-106].

Rodríguez Monegal, Emir, *El Otro Andrés Bello*, Caracas, Monte Avila Editores, 1969.